

Luz Ultra

Zonza Briano



En el III Aniversario

GOUACHE DE ALONSO.



PARQUE NACIONAL DE SEQUOIA, EN EL ESTADO DE CALIFORNIA



LA FOTOGRAFÍA MUESTRA UN GRUPO DE LOS GIGANTESCOS ÁRBOLES SEQUOIA (SEQUOIA WASHINGTONIANA). ESTE PARQUE CONTIENE MÁS DE 1.000.000 DE ESOS ADMIRABLES ÁRBOLES, 12.000 DE LOS CUALES TIENEN UN DIÁMETRO MAYOR DE 10 PIES. EL MÁS GIGANTESCO DE ELLOS, LLAMADO GENERAL SHERMAN, TIENE 36 PIES Y MEDIO DE DIÁMETRO Y 280 DE ELEVACIÓN.



UNA CABELLERA NATURALMENTE ONDULADA

EL buen stallax no solamente produce el mejor shampoo posible, sino que además tiene la propiedad peculiar de formar una natural y pronunciada ondulación en el cabello, efecto que seguramente desean casi todas las damas. Una cucharadita de las de café llena de granulos stallax disuelto en una taza de agua caliente, deja amplio margen para hacer un magnifico lavado de cabeza y da al pelo una brillantez y suavidad que ninguna otra cosa conocida puede proporcionar. Es totalmente inofensivo y puede comprarse en casi todas las droguerías. Como hasta ahora ha sido poco usado para este propósito, el stallax sólo se vende en paquetes con sello original, conteniendo cada paquete cantidad suficiente para veinticinco o treinta shampoo.

NO TENGA BARRILLOS

EL nuevo tratamiento para hacer desaparecer instantáneamente del rostro los molestos barrillos, puntos negros, grasitud y dilatación de los poros, es tan sencillo y agradable que me ha sorprendido ver todavía algunas damas ostentando tales fealdades en la cara, en las cuales es visible la depresión moral que tales contrariedades causan.

Sonrisas de satisfacción de una dama que se precia de bella y no anticipa su decadencia.

por Charlotte Rouvier

El procedimiento a seguir es muy sencillo. Obtenga algunas tabletas de stymol, cuidando estén siempre bien tapadas y en lugar seco. Eche una en un vaso con agua caliente y bañe su rostro con ese líquido en seguida de cesar la eferescencia que el stymol produce, secándose luego con una toalla limpia y blanda. Observará inmediatamente una mejoría notable más asombrosa cuando usted vea que los barrillos han quedado en la toalla, la grasitud eliminada y los poros contraídos hasta su estado normal. Sentirá entonces la sensación de un cutis fresco, aterciopelado y blando, que la hará francamente feliz. Para asegurar la permanencia de tan lisonjero resultado, es preciso repetir el procedimiento algunos días después.

SUPRESION DEL BOZO EN LA MUJER

PARA las damas que ven su belleza desfigurada por este molesto crecimiento de vello, constituirá una gran noticia saber cómo se extirpa de un modo permanente ese vello. Para este propósito debe usarse el porlac puro pulverizado, de cuya substancia casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza. El tratamiento se recomienda no sólo para la desaparición instantánea del vello que os desfigure, sino para matar por completo las raíces, sin que por esto sufra la belleza de vuestra piel.

EL BUEN SENTIDO Y EL CUTIS

HASTA en las investigaciones de la ciencia, en lo que a la belleza del cutis se refiere, va imponiéndose la doctrina del buen sentido. En lugar de obstruir el natural funcionamiento de los poros con el uso de cosméticos, la mujer de talento adopta en la actualidad el «método de absorción», que consiste sencillamente en eliminar por medio de absorción el cutis exterior marchito y gastado, que por cualquier razón la naturaleza no ha desprendido en la forma usual, en una piel sana y joven. Bajo el cutis exterior, rugoso y manchado, toda mujer tiene una piel hermosísima.

Para extirpar este velo de aspecto desagradable, las mujeres inteligentes usan simplemente un poco de buena cera

mercolizada, extendiéndola sobre la piel como si se tratara de cold cream. El resultado es inmediato, pues, en poco tiempo, la cera absorbe la epidermis externa de poca vida, cayendo aquélla en forma de copos microscópicos y descubriendo el cutis bellísimo y joven que se encuentra debajo.

Si desean hacer la prueba, adquieran en la farmacia un poco de buena cera mercolizada, aplicándola por las noches a manera de cold cream sobre el cutis. Nada tiene de desagradable y el resultado que con tal procedimiento se obtiene es maravilloso, pues devuelve la felicidad a cualquier mujer, que puede sentir entonces las delicias de un cutis lozano y fresco.

Tengo entendido que el producto genuino se expende al público en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax» impresa en azul.

CANAS A UN LADO

LAS canas son a menudo una seria contrariedad que se presenta tanto a hombres como a mujeres cuando aun se encuentran en la plenitud de su vida. Las tinturas para el cabello no deben usarse siempre porque sus inconvenientes son obvios y además causan perjuicio al pelo en muchos casos. Pocas personas saben que una fórmula muy sencilla, fácilmente hecha en casa, devuelve a las canas el color primitivo del cabello, de la manera más inofensiva. Basta con que compre usted dos onzas de tammalite concentrada en casa de un boticario, y las mezcle con tres onzas de «bay rum» o espíritu de laurel. Aplique usted esta sencilla e inofensiva loción a su cabello durante unas cuantas noches, por medio de una esponjita, y las canas desaparecerán paulatinamente. La loción no es grasienta ni pegajosa, y ha sido probada con éxito una y otra vez durante varias generaciones por las personas que han tenido la dicha de poseer la fórmula. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.



¿Están Los Muebles De Ud.

opacos, con manchas de los dedos y recogen todo el polvo? ¿Tiene su fonógrafo, piano u otro mueble de caoba, un color azuloso? Puede Ud. sin dificultad devolver su belleza primitiva usando la



CERA PREPARADA DE JOHNSON

Limpia y pule en una operación—protege y conserva el barniz—cubre manchas y rayas superficiales—evita que el barniz se parta.

La Cera Preparada de Johnson es un PULIMENTO A PRUEBA DE POLVO. No contiene aceite y produce una superficie como cristal, que no recoge ni retiene el polvo. Jamás se pondrá suave o pegajosa en tiempo caluroso. Además de pulir muebles, también sirve para la conservación de

Pisos	Automóviles	Linóleo
Pianos	Obra de madera	Objetos de cuero

Si su vendedor no tiene los productos Johnson, él puede obtenerlos de los distribuidores:

YANKEE SPECIALTIES AGENCY
RIVADAVIA 1255 BUENOS AIRES

S. C. JOHNSON & SON, Fabricantes Racine, Wisconsin, E. U. A.

JOSÉ BOUCHET



Son pocos; vienen entre los hombres que buscan el bienestar o la fortuna por medios industriales y agrícolas. Mientras sus compañeros de inmigración calculan, ellos sueñan con ideales de arte. Una voluntad enérgica les dice que en cualquier sitio halla el hombre el modo de satisfacer su vocación.

Son pocos, pero necesarios. Una inmigración en la que sólo figuren hombres prácticos y negociantes, es una inmigración incompleta. La riqueza de un país debe ser embellecida por el arte, porque el arte es un lujo de lujos. Este el papel que juegan esos inmigrantes que entre los ansiosos de fortuna sueñan con el ideal. Son pocos, pero firmes y entusiastas. Trabajarán en el menester que la suerte les ofrezca, dedicando siempre sus ocios al aprendizaje o al refinamiento del arte elegido.

El día 7 de marzo falleció uno de esos campeones idealistas, el pintor José Bouchet. Vino muy joven a nuestra ciudad, desde España, su país natal, para llegar a ser uno de los más beneméritos artistas argentinos.

Incansablemente, Bouchet realizó sus primeros ensayos en el arte pictórico con gran aprovechamiento. Este tesón obtuvo su recompensa, pues el artista halló personas que le ayudaron. Era lo único que el joven pintor necesitaba para dar obras de mérito.

Al poco tiempo sus patrocinadores le consiguieron una beca para proseguir sus estudios en Europa. Trasládose a Florencia, donde estuvo varios años practicando con notable resultado. Terminado el período de práctica, Bouchet volvió a la metrópoli, ocupando la cátedra de dibujo del Colegio Nacional de Buenos Aires, puesto que ha desempeñado hasta su muerte.

La obra de Bouchet tiene enorme importancia en la escuela pictórica argentina. Dedicado a la pintura de historia, rama a la cual consagró lo mejor de sus actividades, produjo cuadros notables por la fidelidad con que interpretó los episodios elegidos y la brillante técnica de que dió pruebas. El «San Martín en Plumerillos», lienzo que se conserva en el Museo Nacional, «El fusilamiento de Liniers», y «La fundación de Buenos Aires», son sus mejores producciones.

Además de esas labores, hizo numerosos retratos, entre los que se distinguen los de Juan María Gutiérrez y Carlos Berg.

Desde hace tiempo, Bouchet había abandonado los pinceles para dedicarse por entero a la enseñanza, en cuyas tareas propagó el instinto de arte y el buen gusto en dos generaciones de jóvenes argentinos.

En la vida era José Bouchet tan excelente hombre como artista. Por eso, fué amigo querido y respetado de todos.

Con él desaparece una de las más relevantes figuras de la pintura nacional, dejando un hueco difícil de llenar.

Los "Mannequins Vivants"

lucirán «toilettes» de Otoño, a las 4, 4.30, 5, 5.30 y 6 p.m.



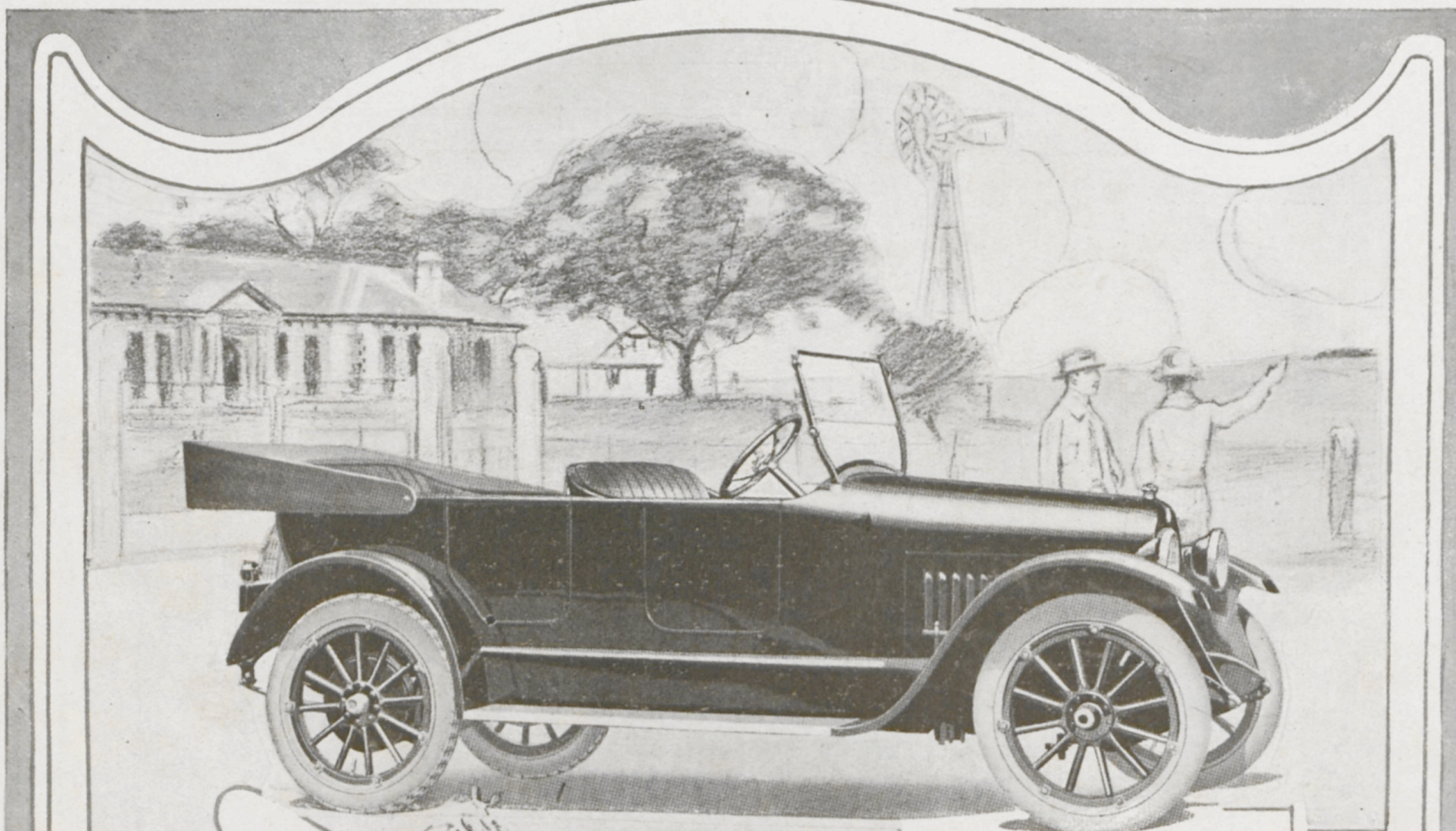
OTOÑO de 1919

1a. GRAN VENTA

:: ESPECIAL DE ::

CONFECCIONES

:: y MODAS ::



El coche ideal para la estancia

En el nuevo modelo de Automóvil Liviano de 4 cilindros, Serie 19, presentado en la cabecera de esta página, STUDEBAKER ofrece a los señores propietarios de estancias, el coche ideal para la campaña, es decir: un Automóvil de alta calidad, construido con la misma clase de materiales de los STUDEBAKER de más elevado precio y que reúne en sí el mayor conjunto de ventajas y comodidades.

Este coche es también ideal desde el punto de vista económico — dando los neumáticos un notable kilometraje y necesitando un mínimo gasto de gasolina—y su gran poder en relación con su poco peso le permite andar en toda clase de caminos, con tiempo bueno o malo. Tiene amplia capacidad para cinco pasajeros. Su precio bajo sólo es posible por los métodos de fabricación STUDEBAKER y por su enorme producción para un mercado universal que conoce el valor del STUDEBAKER.

En la nueva Serie 19, STUDEBAKER, hay además un magnífico Auto Liviano de 6 cilindros, para 5 pasajeros, muy espacioso, potente y de andar extraordinariamente suave. Este coche, cuya reproducción aparece al pie de este aviso, a la derecha, es el automóvil por excelencia para la familia.

Otro gran coche nuevo de 6 cilindros, para turismo, de notable belleza y perfectamente equipado, con capacidad para 7 pasajeros, es el presentado al pie, a la izquierda de esta página.

Hechos que honran a STUDEBAKER

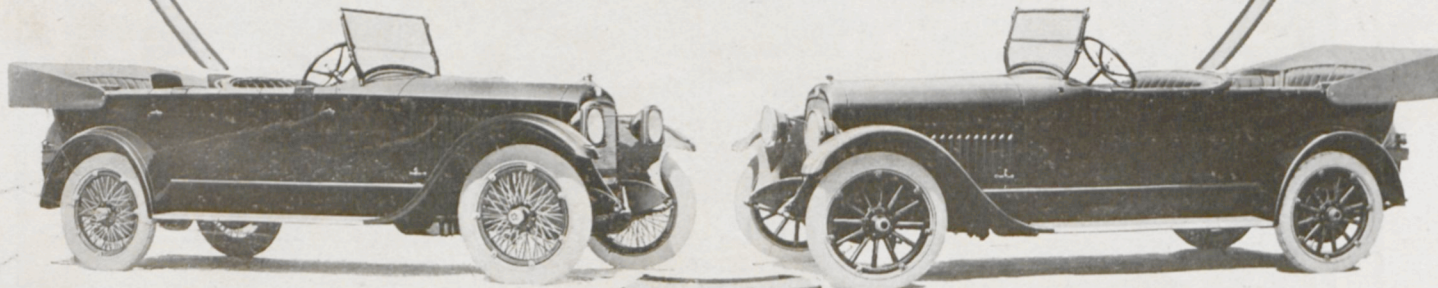
La prueba de 60.000 kilómetros a que han estado sometidos los modelos originales de cada uno de estos coches, por los caminos de Estados Unidos y Canadá, continuamente barridos por los vientos, y por la pista de carreras de Chicago, azotada por la nevasca, ha demostrado la excelencia mecánica de los nuevos Autos STUDEBAKER y su sólida construcción.

La calidad STUDEBAKER, que predomina desde hace 66 años, está reflejada en estos coches.

The Studebaker Corporation of America

AVENIDA DE MAYO, 1235 - Buenos Aires

Unión Telefónica, 5935 - Libertad



PLVS
VLTRA

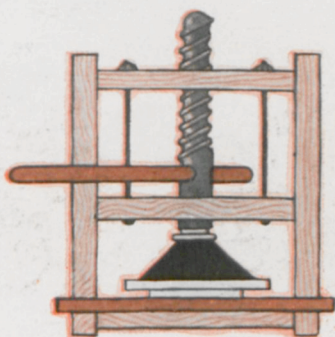


AÑO IV
NÚM 35
MARZO 1919

III
ANIVERSARIO

AL LECTOR

PLVS VLTRA TE ENVÍA VN NVEVO SALVDO, EXPRESIÓN SIEMPRE DE CARÑO AGRADECIDO Y NO VANA FÓRMVLA DE VRBANIDAD PERIODÍSTICA. ... NVNCA PODRÁN COMPARARSE A LOS DE HÉRCVLES LOS DOCE TRABAJOS QUE TV REVISTA REALIZÓ EN SV TERCERA CAMPAÑA; PERO ENTRE AMBAS DOCENAS DE LABORES HAY VNA SOMBRA DE DARECIDO. RELÉE, LECTOR, LA MITOLOGÍA Y VERÁS COMO, EN CIERTO MODO, PLVS VLTRA TVVO QUE ARREMIETER CONTRA EL LEÓN DE NEMEA Y LA HIDRA DE LERNA Y ROBAR PARA TI MANZANAS EN SITIOS MEJOR GVARDADOS QUE EL JARDÍN DE LAS HESPÉRIDES. ... MERCED A ESA LVCHA, CONSERVAS FACSIMILES DE BELLOS CVADROS NACIONALES Y EXTRANJEROS, PENETRASTE EN MANSIONES SEÑORIALES, ADMIRANDO COLECCIONES ARTÍSTICAS Y OTRAS COSAS DIGNAS DE ADMIRACIÓN. PORQUE PLVS VLTRA ES VN "MAS ALLÁ" DE LA INFORMACIÓN LITERARIA Y GRÁFICA, ALGO QUE TV, LECTOR, NECESITABAS. ... EL IV AÑO QUE AHORA COMIENZA HA DE SER VN MAYOR ESFUERZO PREMIADO, COMO LOS ANTERIORES, POR TV GRATA AYVDA.



PLVS
VLTRA

ASILO • SATURNINO • E • UNZUE

en
MAR DEL PLATA



EXTERIOR DEL EDIFICIO.



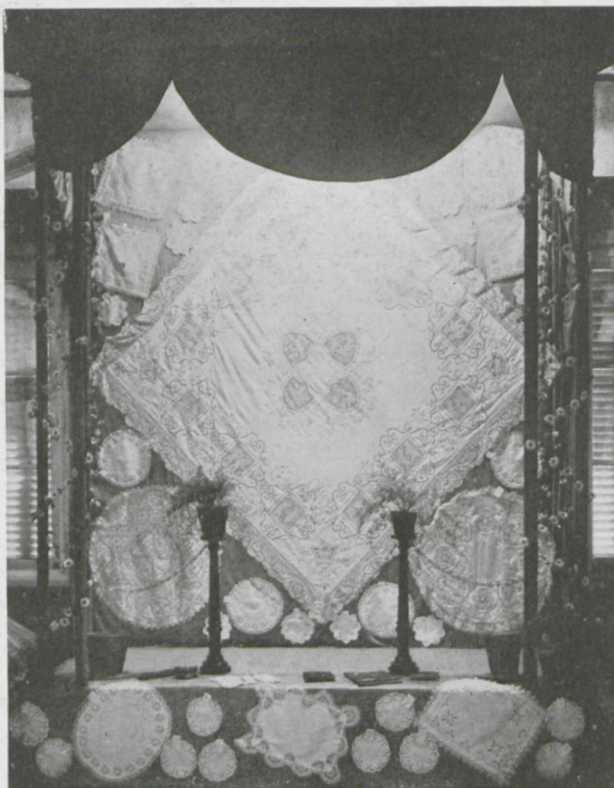
EL SOLARIUM.

La obra de caridad ejercida con amplitud de miras, que sólo tiene en cuenta nobles propósitos para desarrollar su acción, es uno de los rasgos característicos de la Sociedad de Beneficencia, que no escatima esfuerzo para dar relieve, cada vez mayor, a las obras que sufraga.

Muchas veces se ha hablado de la educación que se proporciona en los establecimientos de caridad; pero de muy pocos se podrá decir tanto, como de la esmeradísima instrucción que se da a las asiladas del establecimiento que en Mar del Plata sostiene la asociación citada y que se denomina Asilo Saturnino E. Unzué.

Esta edificación fué hecha por los hijos del ilustre filántropo cuyo nombre hemos enunciado y que al morir encargó a sus descendientes levantar un asilo.

Las señoras María Unzué de Alvear, Concepción Unzué de Casares, Ángela Unzué de Alzaga y el señor Saturnino Unzué, cumpliendo con los deseos de su señor padre, hicieron construir este modelo de asilo, en el cual se hallan actualmente internadas más de trescientas niñas, a las que no sólo se les proporciona una educación esmerada, sino también se les instruye acabadamente en ciertos ramos de la industria, para que en el día de mañana puedan ganarse la vida y



LABORES HECHAS POR LAS ASILADAS.

ser elementos útiles de su hogar. El establecimiento fué entregado a la Sociedad de Beneficencia de la Capital, y desde su fundación lo ha regentado con gran acierto, obteniendo los resultados halagüeños que son conocidos.

La inteligencia de las señoras presidentas que han regido los destinos de esta sociedad desde que se fundó el asilo, secundada por la acción de las señoras que lo visitan periódicamente, lo han colocado en un pie de orden y dulce disciplina digno de los mayores encomios.

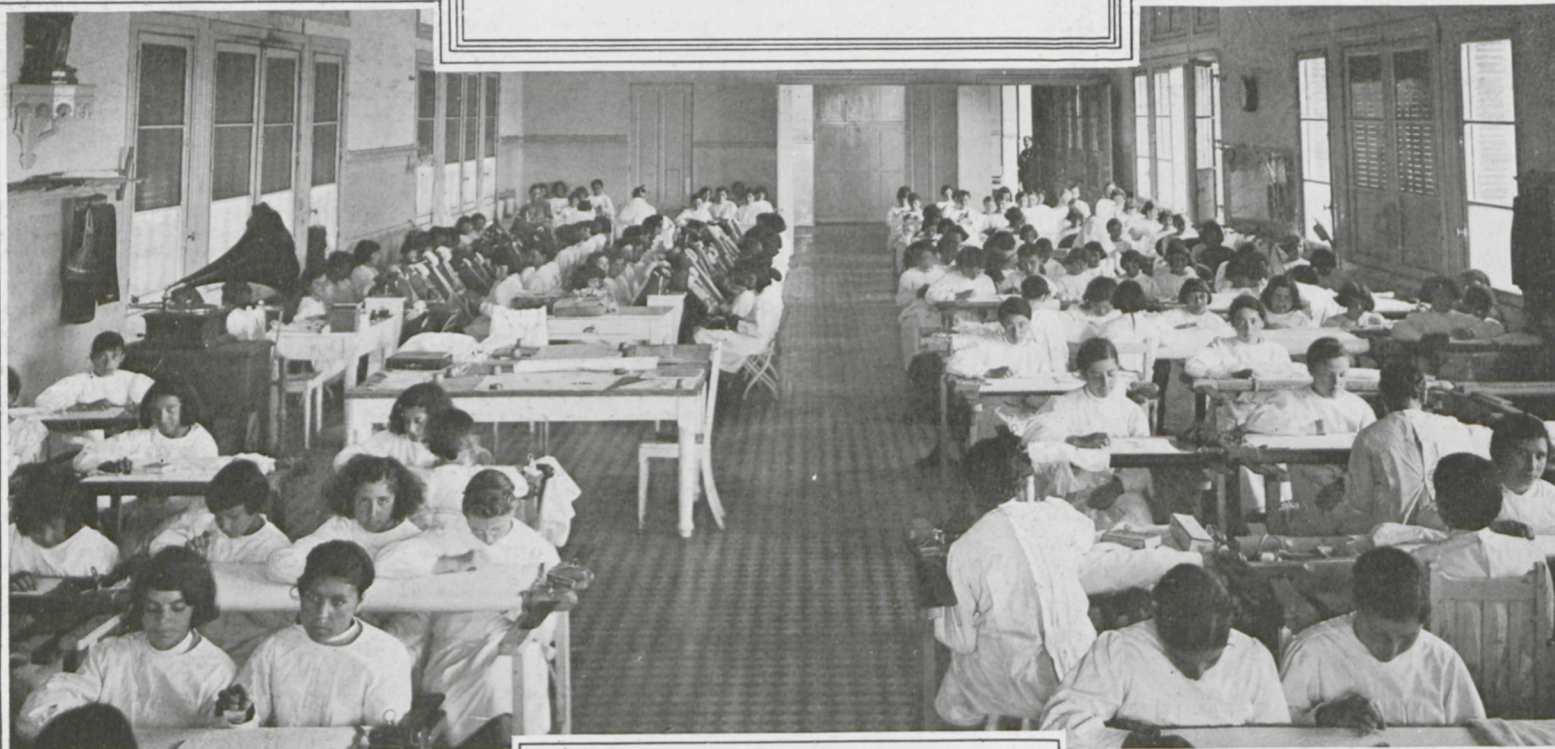
Las religiosas misioneras Franciscanas de María, administran el asilo y ellas mismas tienen a su cargo la educación e instrucción de las asiladas.

Allí se cursa hasta el sexto grado y en este año fueron numerosas las niñas que pasaron a la Escuela Normal.

Las clases de labor, de encajes, corte y confección, bordados y vainillados, son practicadas por la mayoría de las niñas, existiendo también clases de repujados en plata, cobre, estaño, etc.

Digna de llamar la atención es la clase o sección de tapicería en donde un grupo de asiladas confecciona alfombras de Esmirna o de Persia, en forma primorosa.

Coleccionados los trabajos al



CLASE DE COSTURA Y BORDADO.

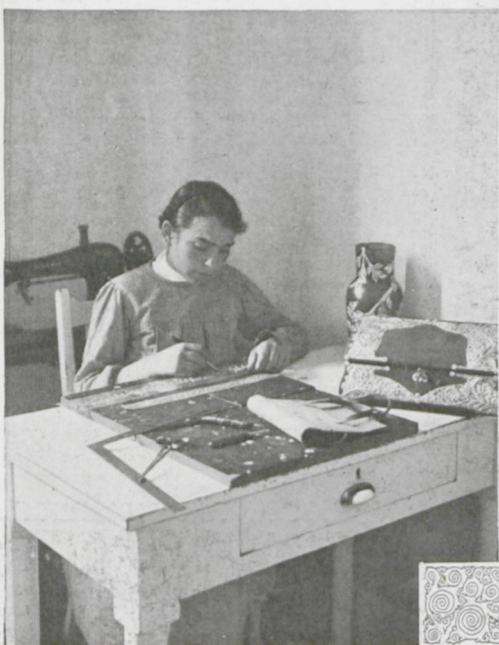


CLASE DE ENCAJES.

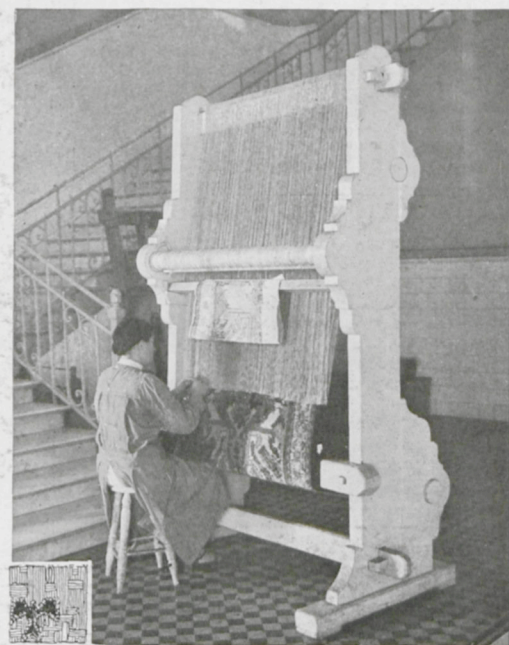
fin de cada curso, se hace con ellos una exposición sumamente interesante por lo completa. Cada labor tiene su precio y la alumna autora de los trabajos que se venden, percibe un tanto por ciento de su valor, el cual se le deposita en la Caja Dotal de Obreras, a fin de que, al salir del asilo, se encuentren con un pequeño fondo formado con el producto de su obra.

En la exposición de este año se han visto trabajos primorosos que han causado muy grata impresión. Los grabados representan las clases de labor donde practican las niñas, y una parte de la exposición de broderie y encajes. Otros reproducen uno de los telares y una alumna trabajando en repujado.

El edificio en que está instalada esta nunca bien ponderada obra de caridad, es de hermosa construcción y ocupa un enorme terreno. La severidad de sus líneas impone. La distribución interna está hecha de acuerdo con las exigencias modernas, y todo en ella revela la acertada dirección y lo que es más aún, el lujo de detalles, demostrándose así que para poner en práctica el bien en favor del prójimo, las damas y el caballero que encargaron la obra no han tenido en cuenta otra cosa que dar al necesitado la comodidad a que tiene derecho.



REPUJADO.



EN EL TELAR.



CASILLA DE BAÑO EN LA PLAYA.



EL PREBITERIO Y EL PÚLPITO.

como todo ser humano. Las aulas, los comedores, el salón de actos, los dormitorios, los baños, en fin, las dependencias todas están distribuidas en forma amplia, causando al visitante grata impresión de confort aquel ambiente de reposo y bienestar.

En el centro del edificio se halla un gran patio y una huerta para recreo de las niñas al mismo tiempo que proporciona aire y luz a las dependencias internas de la casa.

La construcción está hecha, calle por medio con el mar, de manera que las asiladas toman diariamente su baño allí, aun cuando la instalación de baños del asilo está igualmente hecha para agua de mar. Otro de los grabados reproduce a las niñas en la playa momentos antes del baño.

La Capilla del establecimiento es una verdadera obra de arte. Responde al más puro estilo Bizantino y es una maravilla la reproducción de todas sus partes, para no apartarse de la línea purísima de aquel estilo.

Diez grandes columnas de mármol violáceo sostienen la cúpula central, cuya decoración es notable. Lámparas de bronce penden de la cúpula, y alrededor de ella, con grandes letras esmaltadas, se leen parábolas de las sagradas escrituras.

Los pisos y los zócalos son de mármol de colores. Las pilas de agua bendita son de mármol y esmalte, primorosas muestras de arte exquisito. El púlpito, que afecta una forma rectangular, es de mármol tallado, y los altos relieves que ostenta son hermosísimos.

El altar mayor es también de mármol y en el centro se destaca a maravilla una imagen de la Virgen trabajada en purísimo Carrara. Debajo de la mesa del altar un bronce reproduce la Cena y las figuras han sido cinceladas artísticamente.

Los bancos son de roble tallado y responden al mismo estilo Bizantino.

A estos detalles, aparentemente sencillos, que por sí solos exigirían un estudio más completo, se debe agregar ahora lo que en sí significa la obra. Las religiosas que regentan este lujoso establecimiento, cumplen su humanitaria misión prodigando a las asiladas todas las atenciones que requieren y muchas encuentran en ellas desvelos maternos.

Otra de las obras que sostiene la Sociedad de Beneficencia en Mar del Plata es el Solarium, construido a poca distancia del Asilo Unzué y que es también una maravilla de edificación y confort.

El objeto del Solarium es hacer la cura de la tuberculosis por medio de los rayos solares y con aire de mar. La galería en donde se coloca a los enfermos está orientada en forma tal, que durante todo el día penetra el sol en ella. Las ventanas tienen un sistema de visagras que permiten ser abiertas de modo que en ningún momento los enfermos tengan corrientes de aire que puedan perjudicar su salud.

Los consultorios están instalados en forma primorosa, y para ello se han tenido en cuenta

todas las exigencias de la higiene moderna.

Las salas de los enfermos son muy amplias y ventiladas, y los pabellones se componen de dos salas cada uno y un pequeño cuarto para casos de gravedad.

Están completamente separados los niños de las niñas, y bajo la maternal dirección de las religiosas del Huerto.

Este establecimiento es una dependencia del Hospital de Niños de esta capital, y la Sociedad de Beneficencia al tener en cuenta los resultados que en Norte América y en Europa estaba dando la cura por los rayos del sol, no vaciló en poner en práctica este tratamiento, con el que se ha conseguido tan excelentes resultados.

En Sud América es el primer establecimiento de esta índole. Fué inaugurado el año pasado cuando aun era presidenta de la Sociedad de Beneficencia la señora María Unzué de Alvear, una de las prestigiosas damas que ha regido con acierto singular los destinos de la Sociedad que fundara Rivadavia. Su sucesora, la actual presidenta señora Inés Dorrego de Unzué, continuará la obra con inteligencia y cariño nunca desmentidos, para bien de todos.

El beneficio que reporta a todos los centros sociales la educación de los niños y asilados en estos establecimientos es incalculable, máxime si se tiene presente que no sólo abarca la educación en sí, sino la preservación de los estragos que puede dar la contaminación de las enfermedades a los pequeños asilados.

La Sociedad de Beneficencia tiene ideales bien conocidos, y no hay más que recurrir a la obra que sostiene para darse cuenta de la magnitud de su acción y del resultado tan eficiente.

Ese modo de ejercer la caridad conserva el prestigio de esa asociación, la primera por su magnitud.

Las simpatías que siempre ha despertado la acción de las damas que la componen, se traduce de continuo por las donaciones que se hacen en favor de las obras.

Ultimamente se han hecho importantes donativos y entre ellos figura uno de la señora María Unzué de Alvear, en memoria de su extinto esposo señor Angel de Alvear. Así contribuirá a extender la obra, con los proyectos que en breve habrán de convertirse en realidades.

La instalación de los hospitales es digna del mayor encomio y al dedicar estas páginas a la obra filantrópica que en Mar del Plata se sostiene, nos complacemos en hacer destacar una vez más las excelencias de su organización, cuyos prestigios se han afirmado tan sólidamente.

Figuran como socias las damas más encumbradas del Buenos Aires distinguido; otro título que debemos añadir para que resalte que esta obra es dirigida por señoras cuyo abolengo es la mejor garantía de la finalidad altruista que persiguen.

L. M. DE E. Z.



LA CAPILLA.



ROMANTICISMO
PORTENO
POR
EDUARDO DEL SAZ

Más fuerte que aquella muerte partida-
ria de Rozas, era el romanticismo porte-
ño, el romanticismo de Amalia, de Mármol
y demás compañeros de amores e infor-
tunios. La prosa de la vida era pesada en
los años tranquilos de don Juan Manuel;
aliviar el terror o poetizar la valentía,
resultaba una empresa difícil. Nunca en
el mundo romántico hubo tiempos más
heroicos. La juventud porteña que aun
esté en disposición de cultivar el género,
puede pedir para los unitarios románticos y los rozistas werthe-
rianos, el sitio de honor en los dominios de Jorge Sand.

Hay un tema literario que, con leves variantes, inspiró ya mu-
chísimas narraciones primorosas y mil cuentos mediocres: el tema
«bajo el Terror». Bajo el Terror o durante el Terror sucedieron y
sucederán aún muchos casos y cosas de notable contraste. Las
marquesas, los abates, las favoritas y los sabios continuaban en
las mazmorras de la Revolución y bajo la amenaza de la guillotina
su acostumbrada, discreta y galante vida. Así, bajo la falsa alar-
ma de una apariencia de Terror Argentino, los porteños román-
ticos endulzaron su existencia imitando a los héroes de novelas.
Ese triunfo literario-mundano habla en favor de aquellas gene-
raciones valientes.

Los que nunca hicieron versos a unos lindos ojos o no doblaron

la rodilla romántica ante una muchacha
bonita, no comprenden la importancia
que tiene esta reivindicación de gloria.
Para ellos, el romanticismo es cosa ridícu-
la que murió hace años, sobre todo en
nuestra ciudad «cosmopolitalizada».

Pero hay muchos y excelentes señores
que opinan lo contrario; hay innumerables
porteños portadores de perillas espronce-
dianas y zorrillescas que recitan versos de
los dos grandes Josés. Hasta en la insti-
tución que conocemos por el nombre de patota, existe un fondo

de bohemia bárbara y encantadora, algo así como aquella reunión
de artistas que perseguía a los esposos y porteros Pipelet.

Buenos Aires posee, además, un comercio y una industria bas-
tante románticos y una política interesante como un folletín.

¿Y las porteñas? Aquí sí que se puede divagar sin temor alguno.
La mujer porteña es romántica, hermosamente romántica. No se
contenta con la mezquina prosa del vivir cotidiano. Desde la modes-
ta obrerita a la más rica dama, hay en todos los corazones feme-
niles un fondo de romanticismo que endulza los amores.

Gracias a eso, hay todavía amor en Buenos Aires, junto a los
cariños de conveniencia. Gracias a ellas, la próxima resurrección
del romanticismo, que está por verificarse, no nos agarrará des-
prevenidos leyendo libros realistas y modernistas.



Nuestros escultores.



ZONZA BRIANO



En Palermo, allí donde el tráfico de la ciudad se apaga completamente, se vive a cubierto de indiscreciones, y puede uno entregarse al trabajo por entero, el artista Zonza Briano ha ido a establecer su solitario refugio, su torre de marfil, su *atelier*, lejos del mundanal ruido para evitarse visitas inoportunas. Pero aún así, no falta quien se atreva a turbar la paz del recinto donde labora el asceta escultor.

La curiosidad no repara en sacrificios... y nosotros, curiosos en grado superlativo como buenos reporteros, decidimos interrumpir aquel reposo.

La leyenda nos ha forjado un Zonza Briano silencioso, hosco, torturado por el deseo de ser original... Pero la leyenda la han modelado sus amigos, y por lo tanto teníamos la certeza de que distaría mucho de la verdad.

Algo recelosos tocamos el timbre de su casa. ¿Qué sorpresa nos esperaba?... ¿Mandaría el escultor que nos volviéramos con las baterías de Daguerre sin entrar en funciones?... El ladrido bronco de un can empezó a inquietarnos un tanto.

Pasados unos segundos de recelosa espera, se nos presentó, cu-



bierto por una túnica llena de bordados, una especie de ermitaño, cuya fisonomía y porte semejaba bastante al dulce poeta Musset. Era Zonza Briano. Se acercó cariñosamente. El can dejó de ladrar... la tranquilidad renació en nosotros.

—¿Qué les trae por mi casa? Pasen, pasen. Ante tanta amabilidad, la leyenda empezó a desvanecerse.

—Venimos a reportearlo... y si lo permite, a imprimir unas placas de sus obras.

—El caso es que voy a hacer una exposición pronto, y si publican fotografías de mis esculturas, aquella va a carecer de novedad.

—¡Bah! Una exposición de usted, siempre es novedosa para Buenos Aires...

—Sí, siempre doy que hablar respecto a mi arte; pero ¡qué hablen!... ¡Mientras ellos hablan, yo trabajo!...

—¿Mucho?

—Cerca de ochenta obras. ¡Pasen, pasen, y se convencerán!... En el vestíbulo destacaba un inmenso bloque blanco... Es «El Despertar de la Cariátide», obra magna donde el maestro ha revelado toda la pujanza de su arte.

—¡Bien, Zonza, esto es bueno!

—Es una obra sincera... ¡Ya verá, ya verá lo que sé hacer!

—Le advierto que nosotros no hemos dudado nunca de su talento de escultor.

— ¡Escultor!... ¡Phs! ¡Bajo ese disfraz se ocultan tantos yeseros!... A mí no me basta ya la forma. Eso lo han realizado los griegos como nadie... Yo quiero algo más. Deseo interpretar la vida interior de mis modelos... Mi supremo ideal en arte es ser *el escultor de las pasiones*. Eso sí que es hacer algo... Para lograrlo hay que estar dotado de sensibilidad y tener un alto conocimiento de anatomía artística... Pase, pase por aquí y podrá apreciar si en mi obra hay más que líneas...

Penetramos en su estudio. El violento blanco de las esculturas no molesta la vista, porque la luz se desliza en el salón atenuada por unas cortinas. De un pebetero escapaban volutas de aromático incienso que sugerían ideas místicas. A esta sugestión contribuían las esculturas que más destacaban en aquel estudio; un San Francisco de Asís, cuyo rostro era la cristalización de la bondad; una Santa Teresa de Jesús, la encarnación del misticismo más puro (obra que pertenece actualmente a doña Julia Elena Acevedo de Martínez de Hoz), y una estatua que representa la Maternidad. El artista ha dejado en esta escultura huella perdurable. Aquel rostro de la madre adolorida por la pérdida del hijo, que extiende sus manos como dos lirios, convence; su dolor llega a conmovernos. Zonza en esta obra es, con justicia, el escultor de las pasiones. Allí hay más que líneas, hay la tragedia del amor maternal.

Ante aquellas estatuas cuyas expresiones son de bondad y amor, creímos hallarnos en un templo, y más nos aferramos en esta creencia al escuchar las voces graves y melodiosas de un órgano que llegaban hasta nosotros de una habitación lindera.

— ¡Zonza! Debemos serle sinceros. Será por este olor a incienso que sirve de sedante, por la luz maestramente repartida, por esas armonías de órgano que se oyen, impregnándonos de misticismo, que sus esculturas parecen dotadas de vida. No hay en ellas esa rigidez hosca con que suelen modelar sus obras los escultores que desean sorprender más que convencer; vemos en ellas serenidad, calma; no cansan, no fatigan al que las ve, tienen el sublime reposo de las obras sentidas.

— Veo que me ha comprendido; sí, eso ha sido mi propósito al modelarlas... darles vida... artística, que dejasen de ser materia para transformarse en obra

— Efectivamente, esa cara de santo es tan pura, que parece musitar alguna de sus místicas oraciones... ¡Hermano sol! ¡Hermana agua!...

— ¡Y hermano lobo!... sobre todo cuando trato con mis colegas.

Nuestra vista vagaba por el estudio deteniéndose en aquellas blancas esculturas a las que se diría no habían tocado manos. Una nos interesó poderosamente; representaba «El Pudor».

En esa obra el artista ha traducido todo lo casto y puro de ese sentimiento.



«CONTEMPLACIÓN», DE LA TETRALOGÍA DE LAS MADRES.



ZONZA BRIANO, INTERPRETANDO A PARSIFAL.



«SAN FRANCISCO DE ASÍS».

irreal. Para mí la dificultad de la forma dejó de ser. Eso está al alcance de cualquier voluntad. Lo que me inquieta, lo que deseo lograr, en ese momento que artísticamente llamamos inspiración, es la vida interior; el gesto que refleja una pasión, un sentimiento... Mire esta figura de la Tetralogía de la Maternidad, ¿no ve en ella dolor?...

Y Zonza, con la unción de un creyente, iba buscando la luz para hacer que aquella figura se animase. Las palabras fluían de sus labios con un sello de sinceridad.

Después se dirigió a su San Francisco, y con aire de triunfo exclamó: ¿Qué le parece? ¿He interpretado o no la figura del Gran Místico?

— Indudablemente. Manos santas se diría que le han modelado.

— He querido representarle con esta figura larga y magra, como si quisiera desprenderse de la tierra y llegar al cielo.

Aquella figurita de mujer que parece surgir del blanco mármol y que se recoge toda temblorosa de pudor, encanta por la pureza de sus líneas; pero más aún, por la noble interpretación de la idea

— Esto es bueno, dijimos a Zonza.

— Es un trabajo que hice con gusto.

Por todos lados, había bustos cubiertos, sobre caballetes; Zonza, iba descubriéndolos a nuestra vista.

A cada uno le hacía un historial. — Vea esta cabeza. Y encendiendo un fósforo y haciendo que su luz se reflejase en ella, continuaba: — La luz en todo es escultura. Ella nos da el relieve de los objetos...

— ¡Pero, cuánto ha trabajado!...

— ¡Y lo que tengo que trabajar aún! En arte nunca se acaba de aprender...

Un llanto de niño que se escuchó, bastó para que Zonza nos abandonara.

A poco volvió sonriente con un nenito en los brazos: era su hijo. Bastaba ver la ternura con que acariciaban sus manos aquella cabecita, para comprender todo su amor de padre.

Enjugadas las lágrimas y calmado el pequeño, continuó: — Ahora tengo que trabajar más, por mí y por éste.

— Quiero — y me sobra voluntad para ello — tener personalidad propia en escultura, y como Sarmiento creo que las cosas hay que hacerlas, aunque se hagan mal. El tiempo dirá, cuando nuestros intereses no choquen con los de los demás, si en arte he realizado algo perdurable. ¡Yo me tengo feliz!

— Dicen que la fe transporta las montañas...

— ¡Las montañas no sé; pero que yo he de ser algo en mi arte, no me cabe la menor duda!

Disculpe que diga en voz alta lo que otros callan por cobardía, ¡pero lo piensan!...

El fotógrafo nos hizo señas de que había terminado, y en vista de ello, nos despedimos de Zonza.

— No se marchen; vamos a tomar té...

— Otra vez será, cuando tengamos tiempo para charlar largo y tendido.

— ¡Cómo yo le tome por mi cuenta no le suelto! Quiero que sea usted un convencido de que el arte escultórico debe renovarse, que los griegos son de ayer y nosotros somos de hoy.

— ¡Exactísimo! Y estrechándole la diestra, salimos de su casa seguros de que la leyenda del ogro de Zonza, era... leyenda.

Sus obras, su gentileza para tratarnos, su erudición en materias de arte y, sobre todo, su bondad, dan derecho a este artista, a que le estimemos en todo lo que vale.

JULIO CASTELLANOS.



ALDEANITAS EXTREMEÑAS

ÓLEO DE EUGENIO HERMOSO.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JOSÉ BLANCO CASARIEGO.





EL DINOSAURO

Después de traspasar el Guayra, y en un trecho de diez leguas, el río Paraná es inaccesible a la navegación. Constituye allí, entre altísimas barrancas negras, una canal de 200 metros de ancho y profundidad insondable. El agua corre a tal velocidad que los vapores, a toda máquina, marcan el paso horas y horas en el mismo sitio. El plano del agua está constantemente desnivelado por el borbollón de los remolinos, que en su choque forman conos de absorción tan hondos a veces que pueden aspirar de punta a una lancha a vapor. La región, aunque lúgubre por el dominio absoluto del negro del bosque y del basalto, puede hacer las delicias de un botánico, en razón de la humedad ambiente reforzada por lluvias copiosísimas, que excitan en la flora guayreña una lujuria fantástica.

En esa región fui huésped una tarde y una noche de un hombre extraordinario que había ido a vivir al Guayra, solo como un hongo, porque estaba cansado del comercio de los hombres y de la civilización, que todo se lo daba hecho, por lo que se aburría. Pero como quería ser útil a los que vivían sentados allá abajo, aprendiendo en los libros, instaló una pequeña estación meteorológica, que el gobierno argentino tomó bajo su protección.

Nada hubo que observar durante un tiempo a los registros que se recibían de vez en cuando; hasta que un día comenzaron a llegar observaciones de tal magnitud, con tales decímetros de

lluvia y tales índices de humedad, que nuestra Central creyó necesario controlar aquellas enormidades. Yo partía entonces para una inspección en el Brasil, arriba del Iguazú; y extendiendo un poco la mano, podía alcanzar hasta allá.

Fué lo que hice. Pero el hombre no tenía nada de divertido. Era un individuo alto, de pelo y barba muy negros, muy pálido a pesar del sol, y con grandes ojos que se clavaban inmóviles en los de uno, sin desviarse un milímetro. Con las manos metidas en los bolsillos, me veía llegar sin dar un paso hacia mí. Por fin me tendió la mano, pero cuando yo lo había ya hecho con una sostenida sonrisa.

En el resto de la tarde, que pasamos sentados bajo el alero de su rancho-chalet, hablamos de generalidades. O mejor dicho hablé yo, porque el hombre se mostraba muy parco de palabras. Y aunque yo ponía particular empeño en sostener la charla, algo había en la reserva de mi hombre, que los hábitos civilizados de cambiar ideas se me escapaban por inútiles.

Cayó la noche, sumamente pesada. Al concluir de cenar volvimos de nuevo al corredor, pero nos corrió presto el viento huracanado salpicado de gotas ralas, que barría hasta las sillas. Cesó a los diez minutos, y después de un momento el agua comenzó a caer, la lluvia desplomada y maciza de que no tiene idea quien no la haya sentido tronar horas y horas sobre el monte, sin la más ligera tregua ni el menor soplo de aire en las hojas.

—Creo que tendremos para rato —dije a mi hombre.

—Quién sabe —respondió—. A esta altura del mes no es probable.

Aproveché entonces la ruptura del hielo para recordar la misión particular que me había llevado allá.

—Hace varios meses —comencé— los registros de su pluviómetro que llegaron a Buenos Aires...

Y mientras exponía el caso, puse de relieve la sorpresa de la Central por el inesperado volumen de aquellas observaciones.

—¿No hubo error? —concluí—. ¿Los índices eran tales como usted los envió?

—Sí —respondió, mirándome de pleno con sus ojos inmóviles.

Me callé entonces, y durante un tiempo que no pude medir, pero que pudo ser muy largo, no cambiamos una palabra. Yo fumaba; él levantaba de rato en rato los ojos a la pared—afuera, a la lluvia, como si esperara oír algo tras aquel sordo tronar que inundaba la selva. Y para mí, ganado por el vaho de excesiva humedad que llegaba de afuera, persistía el enigma de aquella mirada y aquella nariz abierta al olor de los árboles mojados.

De pronto su voz se levantó.

—¿Usted ha visto un dinosaurio?

En la época actual, en compañía de un hombre culto que se ha vuelto loco, y que tiene un res-

plandor prehistórico en los ojos, la pregunta aquella era dura. Lo miré fijamente; él hacía lo mismo conmigo.

—¿Qué? — dije al fin.

—Un dinosaurio... un nothosauo carnívoro.

—Jamás. ¿Usted lo ha visto?

—Sí.

No se le movía un párpado mientras me miraba.

—¿Aquí?

—Aquí. Ya ha muerto... Anduvimos juntos tres meses.

—*Anduvimos juntos!* Me explicaba ahora bien la luz ultra histórica de sus ojos, y las observaciones meteorológicas de un hombre que había hecho vida de selva en pleno período secundario.

—Y las lluvias y la humedad que usted anotó y envió a Buenos Aires — le dije — datan de ese tiempo?

—Sí — afirmó tranquilo. Alzó las orejas y los ojos al tronar de la selva inundada, y agregó lentamente:

—Era un nothosauo... Pero yo no fui hasta su horizonte; él bajó hasta aquí. Hace seis meses. Ahora... ahora tengo más dudas que usted sobre todo esto. Pero cuando lo hallé sobre el peñón en el Paraná, al crepúsculo, no tuve duda alguna de que yo, desde ese instante quedaba fuera de la ley. Era un dinosaurio, tal cual; alzaba el pesquezo a todos lados, y abría la boca como si quisiera gritar y no pudiera. Yo, por mi parte, tranquilo. Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que era y sabía yo, y lo que eran y sabían los hombres... Regresión total a una vida real y precisa, como un árbol que siempre está donde debe, porque tiene razón de ser. Desde miles de años la especie humana va al desastre. Ha vuelto al mono, guardando la inteligencia del hombre. No hay en la civilización un solo hombre que tenga un valor real si se le aparta. Y ni uno solo podría gritar a la Naturaleza: yo soy.

Día tras día iba rastreando en mí la profunda fruición de la reconquista, de la regresión que me hacía dueño absoluto del lugar que ocupaban mis pies. Comenzaba a sentirme, nebuloso aún, el representante *verdadero* de una especie. La vida que me animaba era mía exclusivamente. Y trepando así como en un árbol por encima de millones de años, sintiéndome cada vez más dueño del rincón del bosque que dominaban mis ojos a cuatro lados, llegué a ver brotar en mi cerebro vacío, la luceilla débil, fija, obstinada e inmortal del hombre terciario.

—¿Por qué asustarme, pues? Si el removido fondo de la biología lanzaba a plena época actual tal espectro, permitiéndole vivir a expensas del *Querer* humano, él, como yo, estaba fuera de las leyes normales de la vida.

Nada que temer. Me acerqué al monstruo y sentí una agria pestilencia de vegetación descompuesta. Como continuaba haciendo bailar el cuello allá arriba, le tiré una piedra. De un salto se lanzó al agua, y la ola que inundó la playa me arrastró con el reflujo. Me había visto, y se balanceaba sobre 200 brazas de agua. Pero entonces gritaba. ¿El grito?... No sé... Muy desatinado. Agudo y profundo... Cosa de agonía. Y abría desmesuradamente la boca para gritar. No me miraba ni me miró jamás. Es decir, una vez lo hizo... Pero esto fué al final.

Salí por fin a tierra, ya oscuro, y caminamos juntos.

Este fué el principio. Durante tres meses fué mi compañero nocturno, pues a la primera frescura del día me abandonaba. Se iba, entraba en el monte como si no viera, rompiéndolo, o se hundía en el Paraná con hondos remolinos hasta el medio del río.

Al bajar aquí habrá visto una picada maestra; se conserva limpia, aunque hace tiempo que no se trabaja yerba. El dinosaurio y yo la recorriamos paso a paso. Jamás lo hallé de día. La formidable vida creada por el *Querer* del hombre y el *Consentimiento* de las edades muertas, no me era accesible sino de noche. Sin un signo exterior de reconocimiento, caminábamos horas y horas uno al lado de otro, como sombríos hermanos que se buscan sin comprenderse.

De su desmesurada vida anterior, enterrada bajo millones de años, no le quedaba más que la ciega orientación a las profundidades más húmedas de la selva, a las charcas pestilentes donde las negras columnas de los helechos crujían y perdían el vello al paso de la bestia.

Por mi parte, mi vida de día proseguía su marcha normal aquí mismo, aunque con la mirada perdida a cada momento. Vivía maquinalmente,

adherido al horizonte contemporáneo como un sonámbulo, y sólo despertaba al primer olor salvaje que la frescura del crepúsculo me enviaba rastreando desde la selva.

No sé qué tiempo duró esto. Sólo sé que una noche grité, y no conocí el grito que salía de mi garganta. Y que no tenía ropa, y si pelo en todo el cuerpo. En una palabra, había regresado al período terciario por obra y gracia de mi propio deseo.

Dentro de aquella forma negra y cargada de espaldas que trotaba a la sombra del dinosaurio, iba mi alma actual, pero dormida, sofocada dentro del espeso cráneo primitivo. Vivíamos unidos por el mismo destierro ultra milenar. Su horizonte era mi horizonte; su ruta era la mía. En las noches de luna solíamos ir hasta la barranca del río, y allí quedábamos largo tiempo inmóviles, él con la cabeza caída al olor del agua allá abajo, yo acurrucado en la horqueta de un árbol.

La soledad y el silencio eran completos. Pero en la niebla con olor a pescado que subía del Paraná, la bestia husmeaba la inmensidad líquida de su horizonte secundario, y abriendo la boca al cielo, lanzaba un breve grito. De tiempo en tiempo tornaba a alzar el cuello y lanzaba su lamento. Y yo, acurrucado allá arriba, con los ojos entrecerrados de sueño e informe nostalgia, respondía con un aullido.

Pero cuando nuestra fraternidad era más honda era en las noches de lluvia — ésta de ahora que está sintiendo es una simple garúa comparada con las de abril y mayo. Desde una hora antes oíamos el tronar profundo de la lluvia sobre el monte lejano. Desembocábamos entonces en una picada: — no había aire, no había ruido, no había nada, sino un cielo fulgurante que cegaba — y el dinosaurio aplastaba el cuello en el suelo y ponía la lengua sobre la tierra estremecida. Y cuando la lluvia llegaba y se desplomaba, nos levantábamos y caminábamos sin parar, respirando profundamente el diluvio que roncaba sobre el monte y crepitaba sobre el lomo del dinosaurio.

A fines de abril el sordo temblor de la tierra que llegaba desde el Guayra nos anunció que el río crecía. Y aquí, cuando el Paraná llega cargado de grandes lluvias, sube catorce metros en una noche.

Y el agua subía y subía. Desde la costa oíamos claro el retumbo del Guayra, y en las restingas veíamos pasar al lado sobre el agua vertiginosa, todo lo que pasa ahogado o podrido con una inundación de otoño.

Las noches, negras. El dinosaurio, excitado, bebía a cada instante un sorbo y sus ojos remontaban la tiniebla del río, hacia las inmensas lluvias que llegaban aún calientes. Y paso a paso remontábamos a nuestra vez el Paraná, tocando la inundación.

Así un mes más. Cuanto quedaba en mí del hombre que le está hablando ahora, crujió, se aplastó, desapareció. Hasta que una noche...

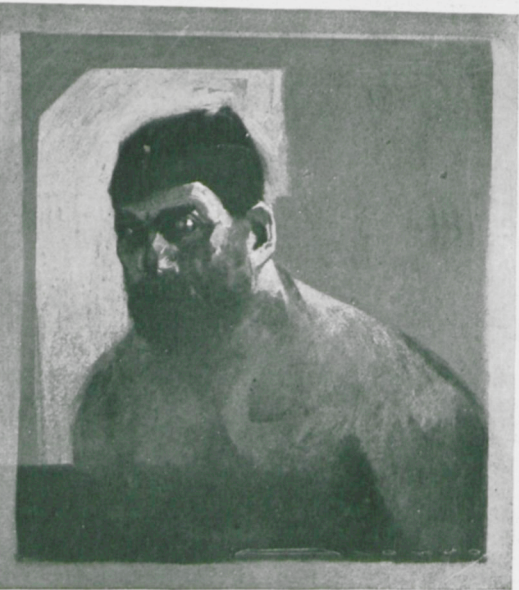
El hombre se detuvo.

—¿Qué pasó? — le dije.

—Nada... Lo maté.

—¿Al... dinosaurio?

—Sí, a él. ¿No comprende? El era un dinosaurio... un nothosauo carnívoro. Y yo era un hombre terciario... una bestezuela de carne y ojos demasiado vivos... Y él tenía un olor pestilente de fiera. ¿Comprende ahora?



—Sí; continúe.

—Mientras quedó en mí un rastro del hombre actual, el monstruo surgido de las entrañas muertas de la Tierra por el deseo de ese mismo hombre, se contuvo. Después...

Allá en el norte, el Guayra retumbaba siempre por las aguas hinchadas, y el río subía y subía con una corriente de infierno. Y el dinosaurio, aplastado en la orilla, bebía a cortos sorbos devorado de sed.

Una noche, mientras el monstruo entraba y salía sin cesar del agua, y el remanso parecía un mar, me hallé a mí mismo asomado tras un peñasco, espiando con el pelo erizado a la bestia enloquecida de *hambre*. Esto lo vi claro en ese momento. Y vi que a la par explotaba en mí la carga de terror almacenada millones de años, y que en esos tres meses de fraternidad hipnótica no había podido descifrar.

Retrocedí, espiándolo siempre, di vuelta al peñasco, y empecé la carrera hacia un cantil de basalto que se levantaba a plomo sobre veinte brazas de agua. La fiera me vió seguramente corriendo al fulgor de un relámpago, porque oí su alarido agudo, tal como nunca se lo había oído, y sentí la persecución. Pero yo llegaba ya y trepaba por una ancha rajadura de la mole.

Cuando estuve en la cúspide me afirmé en cuatro pies, asomé la cabeza y vi al monstruo que trotaba buscándome, brillante y rayado de reflejos porque llovía a torrentes. Y cuando me vió allá arriba comenzó a correr alrededor del cantil en procura de un plano menos perpendicular — que no lo había. Al llegar a la orilla se lanzó al agua, escudriñaba el basalto, cobraba tierra y tornaba a hundirse. Y cuando un relámpago más sostenido lo destacaba sobre el río cribado de lluvia, nadando casi erguido para no perderme de vista, yo respondía a su alarido asesino rugiéndole mi terror y mi odio, abalanzándome sobre los puños.

La lluvia me cegaba, a punto que estuve a un paso de perder pie en una grieta que no había sentido. A un nuevo relámpago eché una ojeada atrás y vi que la grieta circundaba completamente el bloque de basalto herido.

De allí surgió mi plan de defensa. En guardia siempre, siguiendo al dinosaurio en su girar, tuve tiempo de descender diez metros y desprender una gran esquirla de la rajadura central, con la que volví a la cumbre. Y hundiéndola como una cuña en la grieta, hice palanca y sentí contra mi pecho la desgarradura del peñasco a punto de precipitarse.

No tuve entonces más que esperar el momento... En la playa, bajo el cielo abierto en fisuras fulgurantes, el dinosaurio trotaba y hacía bailar el cuello buscándome. Y al verme de nuevo corría a lanzarse al agua.

En un instante cargué sobre la palanca mi peso y el odio de diez millones de vida aterrorizada, y el inmenso peñasco cayó — cayó sobre la cabeza del monstruo, y ambos se hundieron en veinte brazas de agua.

Lo que salió después fué el dinosaurio; pero la mitad de la cabeza estaba aplastada, y abría la boca para gritar como la primera vez que lo vi — pero ahora gritaba... Algo horrible. Nadaba al azar porque estaba ciego, sacudiendo a todos lados el cuello, sobre el río blanco de lluvia. Dos o tres veces desapareció, para resurgir alzando desesperado su cabeza ciega. Y se hundió al fin para siempre, y la lluvia alisó en seguida el agua.

Pero allá arriba yo roncaba aún en cuatro patas. Poco a poco me convencí de que no tenía ya nada que temer, y descendí cabeza abajo por la rajadura central.

El hombre se detuvo otra vez.

—¿Y después? — dije.

—¿Después? Nada más. Un día me hallé de nuevo en esta casa, como ahora. El agua ha parado — concluyó. — En esta época no se sostiene.

Cuando al día siguiente subí en la canoa que la habilidad de dos peones de obraje había llevado hasta allá conmigo, comenzó a llover de nuevo. Sobre la costa, a quinientos metros agua arriba, una mole aguda se elevaba desde el río.

—¿El cantil... es ése? — pregunté a mi hombre.

El volvió la cabeza y miró largo rato el peñón que iba blanqueando tras la lluvia.

—Sí — repuso sin moverse.

Y mientras la canoa descendía por la costa — sintiéndome bajo el capote saturado de humedad de selva y de diluvio, comprendí a la vista de aquel hombre que no apartaba los ojos de su cantil, no que estuviera loco, sino que un día u otro iba a vivir realmente lo que había soñado.

¿Era el profesor Píndaro Adonis, un «des-
equilibrado» o un amante excéntrico de la
Belleza, obsesionado por los estudios mito-
lógicos?

El caso resultaba insólito, porque en la
ciudad de Orbahuera, no hubo, nunca, un
sabio —y eso que se conocían más de siete—
con suficiente osadía, para afirmar que en
este siglo de las faldas cortas y de los boti-
nes norteamericanos, con dibujos de pes-
puntos, había mujeres más hermosas y de
líneas más puras que «Las Tres Gracias», in-
mortalizadas por Apeles y Rubens. Y no lo
afirmaba, solamente, sino que, en su afán
demostrativo, llegó hasta iniciar una inves-
tigación minuciosa, tal como correspondía,
tratándose de un asunto relacionado con los
ideales estéticos de la humanidad.

Empezó por trazar un plan sintético —que
hizo público — estableciendo las cualidades
plásticas del modelo, de conformidad con las
opiniones de los esclarecidos mitólogos Ger-
hard, Müller, Wálker y Decharme, todos con-
testes en que la talla de los griegos era ele-
vada, como lo prueba su historia filológica
y ontogénica, confirmando, así, la aserción
de Nietzsche, de que no puede ser bella una
mujer de baja estatura. Esas cualidades se
referían, también, al busto y largura de las
extremidades, así como a otros detalles de
suprema elegancia: óvalo del rostro y exten-
sión del cuello; tamaño y expresión de los
ojos y de la boca; color de la piel y distribu-
ción correcta de los tejidos musculares. Para
mayor claridad, hacía mención de las obser-
vaciones de Paul de Saint Victor, sobre Diana
y la Venus de Milo. Las tres nuevas Gracias
que encarnasen el «tipo», se harían acreedo-
ras a un subido premio en «talentos» o «dram-
mas», equivalente a \$ 30.000 moneda argen-
tina y a ser reproducidas en mármol de Pa-
ros, o del Pentélico, de rigurosa autenticidad.

Al conocerse tan original proyecto, la
prensa se abstuvo de todo comentario, limi-
tándose, los grandes «rotativos», a dar la no-
ticia, discretamente, con el objeto, tal vez,
de que sus lectoras quedaran enteradas de él,
ya que ellas iban a ser materia viva del con-
curso. Solo *La Ironía*, revista semanal, re-
dactada por el joven «Orba Anathole», crítico
sutil de arte, hizo algunas consideraciones, en
forma reticente, pero no por eso menos ática.
Decía el célebre «ironista»:

«Grave problema va a ser este para el sa-
bio profesor, porque en los tiempos mitoló-
gicos, la plástica era más accesible que aho-
ra, tanto a los ojos de los dioses, como a los
de los simples mortales. Deidades y ninfas,
triscaban alegremente al aire libre, en las
sagradas florestas o en los valles del Alfeo,
sin ocultar sus magníficos torsos, y ya sabe-
mos que hasta la misma Diana, no pudo im-
pedir la curiosidad de Acteón, ni Leda la de
Júpiter, a pesar de sus inverosímiles recatos».

«Es verdad que en estos instantes «ultra
modernistas», las femeninas beldades, se rin-
den, sin escrúpulos al imperio de la moda «pa-
risiense», inclinada — como es notorio — a la
reducción de telas; pero, no imaginamos có-
mo un investigador sincero, por más sabio
que sea, podrá comprobar la existencia de
ciertas perfecciones, en toda su plenitud,
cuando no dispone, ni del anillo de Gíges
para hacerse invisible, ni de la maravillosa
virtud de las transformaciones jupiterianas».

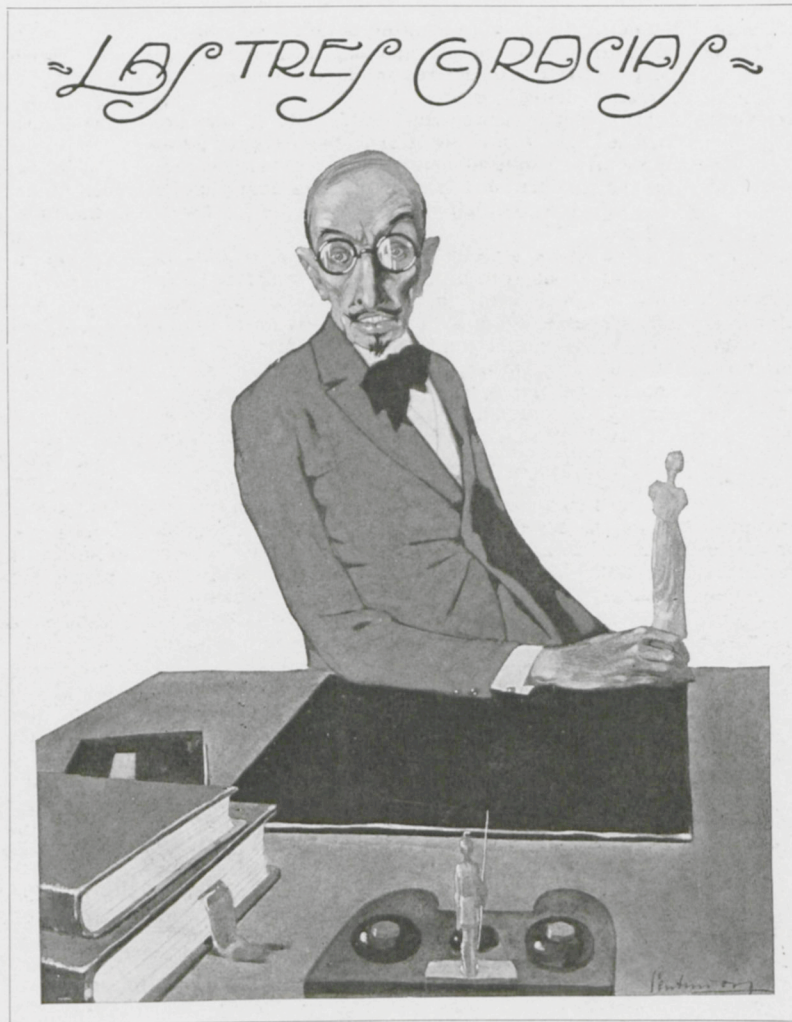
«Luego, hay mil detalles de efectos y lí-
neas — si se han de aplicar estrictamente
los arquetipos griegos — porque el «corset»
— prisión de encantos — ha deformado ta-
lles y bustos — al decir de los higienistas
— y será muy difícil hallar aquellas cur-
vas selectas, que las Tres Gracias ostenta-
ron como un compendio de la belleza pa-
gana. Después, debe de pensarse, que ellas
no triunfaron sólo por su estupenda her-
mosura — «sin su presencia, dice Píndaro,
nada había encantador y dulce — sino,
también, por el ritmo de sus movimien-
tos; por la expresión arrobadora de sus
ojos; por sus diminutos y promisorios labios;
por sus picarescas, al par que insinuantes
sonrisas y por la serenidad olímpica de sus
espíritus, símbolos de la clásica armonía».

«No nos proponemos negar al profesor Ado-
nis, erudición y genio y sobre todo, experien-
cia en achaques femeninos, ya que como sol-
tero recalcitrante y aficionado a la anatomía,
ha de haber tenido muchas oportunidades de
consolidar sus vastos conocimientos; pero
creemos que se trata de una investigación pe-
ligrosa y dada a escollar en preferencias que
pueden derivar de simpatías provocadas por
el continuo trato con tantas hermosas mu-
jeres — hermosas, pero quizá no gráciles — lo
que vendría a anular la imparcialidad severa
de único árbitro en este certamen casi divino».

«Prepárense, no obstante, nuestras lindas
lectoras, a sufrir el análisis artístico, si es
que desean colaborar en la obra del más pe-
regrino de los mitólogos contemporáneos».

Cuando el ilustre profesor terminó la lec-
tura del insidioso artículo, no pudo contener
la indignación, y contestó en un escrito
que revelaba dominio del tema, así como des-
dén por la crítica, calificada por él de azote
del arte y de la ciencia.

«Nos hacemos cargo — agregaba — juz-
gando ciertas opiniones, cuán fácil es es-
cribir sobre lo que no se entiende, cuando so-



bra audacia y se pretende manejar la sátira
de Scarron, como se maneja cualquier ins-
trumento ordinario. Quien haya leído algo
de Mitología, sabe, que las Tres Gracias usa-
ban el traje helénico de la época, tal como se
describe en los frisos del Phartenon y como
se admira en las estatuas de Minerva. Pau-
sanias expresa en el «Libro Elidas» de su «Iti-
nerario» (Elados Periogeis) «que no pudo
averiguar — por más esfuerzos que hizo —
quien fué el artista que rompiendo con la
tradición, representó por primera vez, a las
hijas de Helios y Erimona, completamente
desnudas, siendo así que en las obras más
notables del arte helénico, aparecen, siem-
pre, vestidas, como, por ejemplo, en las que
pintó Apeles para el Odeón de Siracusa to-
mando, acaso, de modelos a Lais y Friné; en
el cuadro que Atalo encargó a Bupalos; en el
de Pittágoras de Paros y en el Pythium, en la
estatua del templo de Elís».

«De modo, que no será difícil, descubrir, o
adivinar, a través del traje, la elegancia de
las actitudes, la pureza de líneas y la delica-
deza encantadora con que soñó el paganismo
a Aglae, la brillante; a Eufrosina, la alegría
del corazón y a Thalia, la que hacía florecer
las plantas, al primer roce alado de las cari-
cias primaverales».

«El humorismo burdo y grosero, nada tie-
ne que hacer en esta cuestión de belleza, in-
comprensible para los que aun no han logra-
do pulir su humano bloque. Puede lanzar,
pues, su risotada de Bacante en la Vendimia,
cuantas veces quiera, en la seguridad de que
no me apartará de mis propósitos idealistas
en pro de la alta cultura de Orbahuera».

Sensación produjo la noticia del concurso
de belleza, en el «sexo débil» de la gran me-
trópolis. En los teatros, calles y bailes, las
niñas no ocultaban su impresión y rivaliza-
ban en acicalamientos. Las madres, especial-
mente, parecían fuera de sí y apenas divi-
saban al profesor Adonis, decían a sus hijas.

— Ahí viene el doctor; caminen con elegancia
y miren abriendo bien los ojos. Ya saben
que las Gracias hablaban con las pupilas.

Y si estaban paradas, la advertencia ma-
ternal se repetía:

— Pronto; adopten una actitud poética
así, como de ensueño. Sobre todo, cambien
a cada instante de posición, para que se no-
ten bien sus perfecciones.

Y el mitólogo pasaba, dirigiendo a los gru-
pos su vista penetrante, tratando de descu-
brir poemas de armonía, bajo aquellas «toi-
lettes» ligeras, de flexibles gasas, que el vien-
to ceñía a los mórvidos cuerpos. Tras él iban
ansiedades y desvelos y además, corrientes
de secretas simpatías, porque el sabio pro-
fesor se había convertido en un ente adora-
ble, a pesar de que no era un Adonis, por más
que así se llamara. Pero, se le perdonaba
todo: sus ojillos vidriosos de felino experto;
su nariz algo roma, y su boca grande de sátiro
alegre. Sabían que había pasado de la

edad juvenil, aunque se conservaba animoso
y frescachón con aire de adalid nunca ven-
cido, mas eso no obstaba a que se le consi-
derara un buen partido matrimonial, sobre
todo, teniendo en cuenta su bien saneada
situación pecuniaria. En esto sí que no había
mito ninguno y el áureo metal acuñado, no
lo tenía en fantásticos Paetolas, sino en el
Banco Nacional de Orbahuera.

La primera semana de investigación había
sido estéril.

— Caramba, — decía el doctor a su discí-
pulo predilecto — no se puede negar que hay
aquí muchas mujeres lindas; pero la que no
tiene un defecto tiene otro. Fíjese usted en
las señoritas de Orense. No son feas, ¿verdad?
Pues bien, la mayor de las tres, es corta de
talle; la segunda tiene el busto demasiado
turgente y la tercera es dura como si se le
hubiera anquilosado la espina dorsal. Luego,
las tres se rien apretando las comisuras de
los labios, en un mohín de mal gusto y cami-
nan o se paran adoptando posiciones «tan-
gueras», como «maniqués» de escaparate. Las
tres hermanas Frydolin, tienen cuerpos es-
culturales, pero son muy feas; de una feal-
dad ascendente y bien podría aplicárseles el
mote de las heroínas de Palacios Valdés.

— ¿Cómo era? — interrogó el discípulo.

— Las tres circunstancias agravantes.

Y maestro y discípulo, se reían.

— Bien — continuó el doctor. — Así son to-
das. Parecen bellas y divinas, porque no las
examinamos con severidad. Nos sorprenden
por «impresionismo» en conjunto, pero nin-
guna resiste el análisis.

Ya el profesor estaba un poco descorazo-
nado, porque después de más de dos meses
de búsqueda no había encontrado «sus ti-
pos», cuando su discípulo predilecto, pene-
tró estrepitosamente en el despacho, dicen-
do a gritos:

— Maestro, ya sé donde hay una gracia...

— ¿Una sola? — exclamó el doctor.

— Y gracias que hay una.

— ¿Dónde está? Cuíame en seguida.

— No, ahora no. Esta noche la verá usted.

— ¿Y la has estudiado bien?

— Me parece que sí.

— Vamos a ver: ¿es alta?

— De arrogante estatura.

— ¿Es bella?

— Un portento.

— ¿Blanca?

— Un alabastro.

— ¿Bien repartida?

— Una armonía de líneas, engendradora
de deseos, que dijo el romántico Becquer.

— ¿Es alegre, tiene movimientos elegan-
tes, exquisitas suavidades, caderas de Venus
Afrodita; majestad de Juno; recato de Diana?

— El patrón clásico completo.

— Pero, ¿dónde está esa joya?

— No le digo más.

— Bribón, me desesperas.

— Es mi secreto, maestro amigo.
— ¿A qué hora?
— Dentro de cuatro; a las 10.
— Es mucho para mi ansiedad; pero me
someto a tu despotismo y te agradezco que
me hayas librado de un fracaso y de la burla
de ese criticaastro que pretende ser émulo de
Anatole France.

La luz difusa del salón hacía resaltar la fi-
gura estatuaría de la señorita Hebé Praxíte-
les, cuando penetró en él nuestro sabio mitó-
logo, acompañado de su discípulo predilecto.
Con la niña estaba la madre y un joven alto y
delgado, de pálido rostro y cabello largo, a la
moda de los artistas y de los que quieren pa-
recerlo. El doctor fué presentado ceremonio-
samente. La niña sonrió, abriendo cuanto
pudo — que fué muy poco — el estuchecito
rosado de su diminuta boca, enseñando una
pequeña parte de las sargas nacarinas de su
dentadura auténtica. La mamá se mostró
amabilísima, pero el joven permaneció grave
y reconcentrado, como un mastín en tren de
asalto. La señora notó el gesto y se apresuró
a hacer la presentación:

— Doctor — dijo — el señor es el joven
Orba Anathole, redactor de *La Ironía*.

— Tanto gusto, dijo el doctor, algo des-
concertado. Pero, repuesto en seguida, exa-
minó el cuadro.

Ella era bellísima, sencillamente admira-
ble. ¿Cómo no la había visto antes? ¡Qué per-
fecciones! ¡Un modelo superior a todo elogio!
Las musas, las gracias y las nereidas, desfila-
ron vertiginosamente por su imaginación, en
derrota. Quedaban opacas, como en un eclip-
se, ante aquella majestad deslumbradora.

— Pero — se dijo — ¿qué papel juega aquí,
ese petulante de criticaastro?

No quiso resolver, hasta averiguarlo y co-
mo quien no tiene interés, luego de alabar
a la joven, preguntó:

— ¿Es cierto, señorita, que usted contrae-
rá nupcias en breve?

Ella, riéndose como reirían las mismas
Gracias, contestó.

— ¿Yo?... Es una noticia nueva para mí.
Por ahora no he pensado en ello.

Y volvió a reír. — Las sargas se exhibían
triunfalmente, como una tentación al robo.

La mamá intervino:

— No, doctor, es muy joven. Festejantes
no le faltan; pero somos muy exigentes...

La niña agregó, como para exponer su
psiquis:

— Mi corazón es alegre, pero amo las cosas
serias, acaso por contraste.

El doctor replicó, rompiendo por primera
vez la línea:

— ¿Corazón alegre y amor a las cosas se-
rias! ¡Ay Hebé! Usted es la misma Eufrosina,
la gracia que derramaba bálsamo perfumado
en los espíritus. Es usted un encanto.

Después, se explayó, fuera ya de quicio:

— Voy a buscar las otras dos que faltan
y si no las encuentro, todo el premio será
para usted, señorita.

Pidió permiso para volver a visitarlas —
que le fué concedido inmediatamente — y ya
de pie, al despedirse, rendido como un galán
amartelado, dijo a la joven, mientras le es-
trechaba la mano, suave y ebúrnea:

— Usted vale por las Tres Gracias y mi
mayor gloria, consistiría en tener su estatua
en mi gabinete de estudio, para inspirarme
en su hermosura.

Orba Anathole, aflojó entonces, su ren-
daje de oro y lanzó un flechazo irónico. No
podía más.

— Es un orgullo para mí — dijo — que tan
gran sabio mitólogo, haya confirmado mi opi-
nión sobre la belleza de la señorita Hebé. Yo
la he calificado de Venus de Orbahuera.

— Barrili dice que Venus era una despe-
chugada.

— Bien, pero era la Reina del Olimpo.

— Y la esposa de Vulcano, hábil herrero
constructor de trampas invisibles de alam-
bre tejido.

— Venus o Gracia, en el fondo estamos de
acuerdo. El tiempo, hará la clasificación de-
finitiva.

Tres meses habían transcurrido, de estos
extraordinarios sucesos, cuando *La Ironía*
publicó el siguiente artículo que fué la comi-
dilla de la alta aristocracia y del mundo cien-
tífico de Orbahuera:

«Nuestros lectores no habrán olvidado
aquel curioso certamen de belleza, iniciado
por el sabio mitólogo doctor Píndaro Adonis.
El buscó las nuevas Gracias en nuestra po-
pulosa urbe y sólo pudo encontrar una, a pe-
sar de sus insistentes investigaciones».

«Menos habrán olvidado que el doctor Ado-
nis, enamorado de su hallazgo, se casó antes
del mes, con la joven favorecida, evitándose,
así, por coincidencia, el desembolso de los
miles de «talentos» y «drammas» prometidos,
o sean \$ 30.000, en moneda vulgar».

«Pues bien, nuestro sabio mitólogo, se ha
presentado ayer a los tribunales iniciando
juicio de divorcio, por disparidad de carac-
teres, lo que da lugar a suponer, lógicamente,
que la Gracia, le ha resultado una desgracia».

«Lo sentimos por la Mitología».

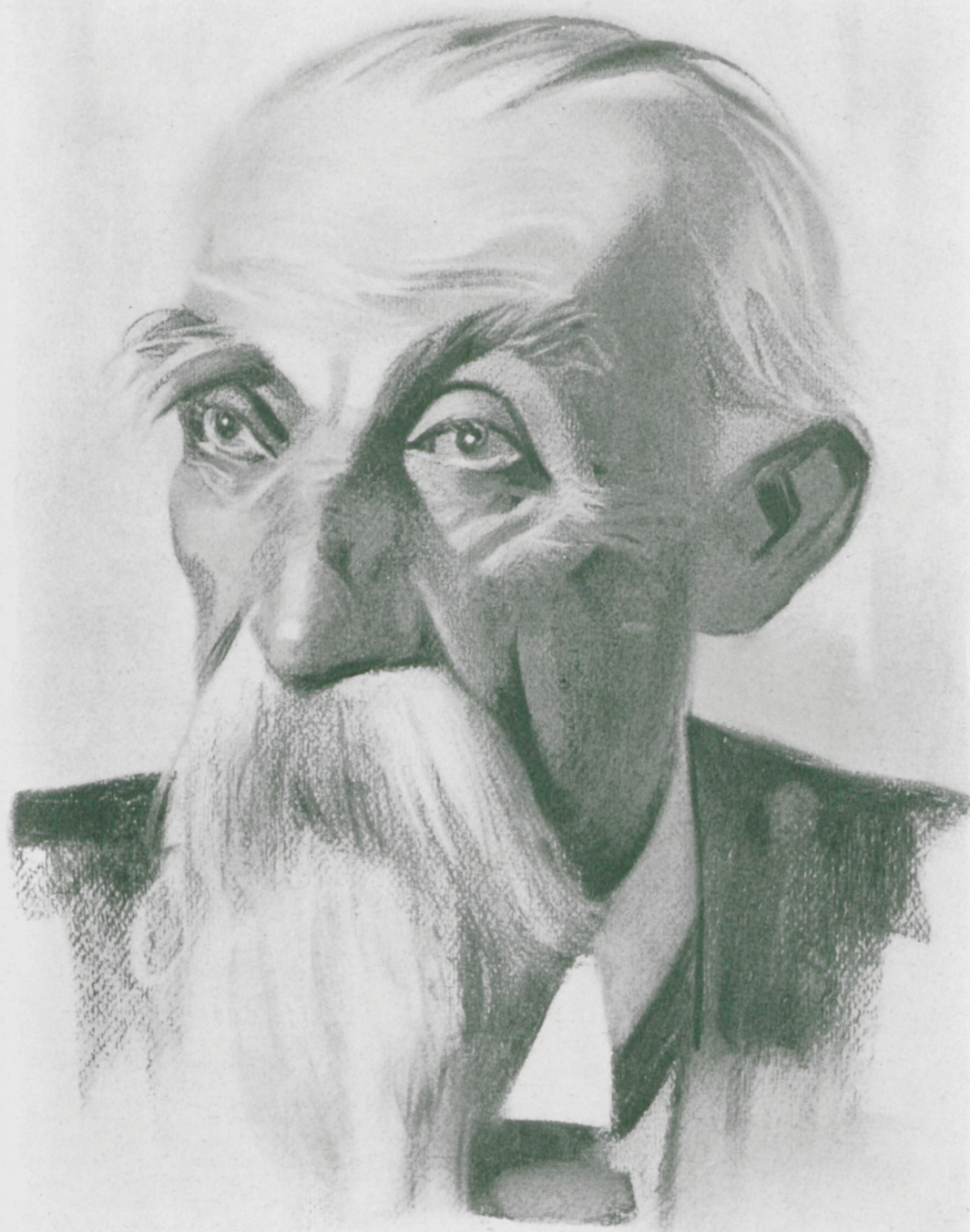
SANTIAGO MACIEL.

DIBUJO DE CENTURIÓN.



INDEPENDENCIA Y PASEO COLÓN

ÓLEO DE PÍO COLLIVADINO.



MARTÍN CORONADO

SU recuerdo perdurará como una de las figuras más altas del teatro argentino, a quien Martín Coronado consagró la enérgica belleza de su mente.

El ilustre poeta y dramaturgo comenzó su carrera teatral estrenando en 1877 la comedia *La rosa blanca*. Hace poco, escribía las siguientes palabras en las que se puede apreciar la difícil labor preparatoria que él y sus compañeros realizaron en bien del teatro nacional:

«El estreno se efectuó el 16 de junio. Ni las condiciones del teatro, caro y lujoso, ni el modesto y poco llamativo título de una obra de autor desconocido, podían prometer a la empresa un público numeroso. Pero si no fué numeroso, fué tal vez, para orgullo mío, uno de los más selectos, porque estaba presente la mayoría de los intelectuales argentinos de la época, y ocupaban los palcos, florecidos de juventud y hermosura, muchas familias distinguidas que habían querido asociarse a la fiesta como un estímulo al joven compatriota que hacía sus primeras armas en la escena.

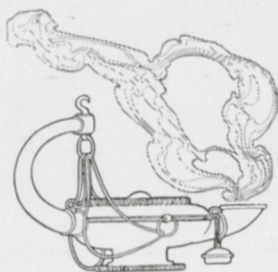
«No sólo por sus versos triunfó la obra: triunfó por hondamente sentida y noblemente romántica. La sencillez de su argumento y el lirismo de

sus escenas, más poéticas que vigorosas, no fueron un obstáculo para que desde el primer momento se ganara todas las simpatías. Y con ser toda ella una *filigrana*, como la clasificaban los artistas, y con tener en su contra la influencia dominante del teatro de Echegaray, que la misma compañía de Hernán Cortés estaba haciendo conocer en Buenos Aires, el público la recibió complacido y la aplaudió sin restricciones.

«Pero aquel fué un triunfo efímero. Faltaba a *La rosa blanca*, para tener una vida duradera, lo que las obras de teatro necesitan, acaso más que ninguna otra, como después la experiencia me lo ha demostrado. Le faltaba el sello argentino: ser cosa nuestra, hija de nuestra tierra, con ambiente y personajes nuestros, en lo cual consiste el gran secreto de dominar a un público y de llegar hasta el fondo de su alma.»

Don Martín Coronado deja escritas muchas y excelentes obras. La que mayor éxito alcanzó, *La piedra del escándalo*, ha sido representada más de quinientas veces, sin que esa enorme cifra importe una fortuna.

Entusiasta cultivador del arte por el arte, buscando en la sublime dramática un deleite, el gran poeta fué un *amateur* magistral y un hidalgo argentino respetado y querido.



EL VOTO

I

Bajo el azul de un cielo transparente
brillaba la mañana,
húmeda de rocío
y chispeante de luz, sonriendo ufana
a la inquietud del río,
y quebrando en la trémula corriente
los rayos de su sol, un sol de estío.

Flotaban sobre el tímido oleaje
en las aguas del Tigre los vapores
como jirones de rasgado encaje,
y en alas de la brisa pasajera
columpio de las flores,
huían, mojando al paso en la ribera
el lánguido follaje

de los sedientos sauces cimbradores.
Cual lejano rumor de catarata
dispersado en el viento,
la ronca voz del Plata
como un redoble en el conjin se oía;
esa voz del abismo soñoliento
que despierta a las olas cada día.

Efluvios de perfume, desprendidos
de toda la amplitud del horizonte,
pasaban en el aire, confundidos
con la música eterna de los nidos
ocultos en el monte.

La vida, desbordante
de juventud y brillo y primavera,
circulaba en redor, engalanada
como una novia errante.
En la atmósfera pura,
¡cuánta luz inflamada!
En la verde ribera,
por el viejo sauzal amurallada,
¡cuánto alegre rumor, cuánta frescura!

Surgiendo del paisaje sonriente,
blandos susurros, mágicos sonidos,
poblaban de caricias el ambiente,
como el eco de arrullos escondidos
a la sombra del monte, en los ribazos,
donde besaba el junco a la corriente
desmayada en sus brazos.

II

El Cisne iba a partir: su casco entero
con el ronco estertor se estremecía
del vapor prisionero,
que inquieto y jadeante,
en la cárcel estrecha comprimía
su aliento de gigante.

Súbito en silbo ardiente
arrojó al aire un grito,
el grito de su cólera impaciente,
y salvando la válvula, que abría
paso a la libertad y al infinito,
con un salto de fiera
se lanzó sobre el émbolo indolente,
y lo arrastró rugiente

en el vértigo audaz de su carrera.
El Cisne, con nerviosa sacudida,
se desprendió del viejo fondeadero,
balanceando su mole conmovida;
batió las rojas palas,
y ceñido de espumas bullidoras,
hendió las ondas y partió ligero,
semejante a esas aves pescadoras
que vuelan empapándose las alas.

III

Cubría la toldilla
inquieta muchedumbre de viajeros,
que miraban, en grupos placenteros,
cómo huían los sauces con la orilla,
dejando a trechos asomar, esquivo,
tras el verdor risueño de sus hojas,
como un breve relámpago furtivo,
un ramo encantador de flores rojas
sobre la oscura copa de un seibo.

Todos, con sed de luz en la mirada,
contemplaban los juncos, que abatían
al paso de la ola desbordada
sus tallos tembladores;
las aguas tumultuosas, que subían
con empuje de asalto a la ribera,
y luego descendían
en cascadas henchidas de rumores;

Las deshechas espumas que azotaban
los flancos de la nave,
y girando en la estela se alejaban
cautivas del hirviente remolino;
el vuelo tardo y grave
de alguna blanca garza soñolienta;
el humo negro, en fin, que en torbellino
corría sobre el agua y sobre el monte,
y remedaba nubes de tormenta
en el vago conjin del horizonte



CERRO DE LOS TRES HERMANOS, AL OESTE DEL LAGO NAHUEL HUAPÍ.

Parque nacional de Nahuel Huapi.

EN la región andina situada al sur del territorio de Río Negro, entre los límites naturales que forma el lago Tralul, el río Manso y la imponente cordillera nevada, encuéntrase el ya célebre parque natural de Nahuel Huapi, donde la naturaleza ofrece al viajero, acaso como en ningún otro paraje de la República, el extraordinario atractivo de lo maravilloso. Frente a frente del volcán Tronador, cuya presencia se hace notar por la estruendosa caída de los aluviones de nieve, el delicioso lago central nos produce una rara sensación de belleza con sus preciosas ensenadas, sus riberas sombreadas de cipreses, sus remansos oscuros, sus promontorios y sus cuatro islas cubiertas en parte de vegetación y en parte coronadas de agudas rocas de granito, que adquieren a veces la forma fantástica de fortalezas derruidas.

Desde la altiplanicie del oeste, situándose sobre el alto bloque porfídico manchado de traquitas de amaranto y ópalo, se descubre con facilidad el lecho de un ventisquero desaparecido, lleno de hendiduras y

bellas estrías pulimentadas. A su derecha tiéndese el paisaje morenisco de la pradera, rodeada en su parte contigua al lago por ancho círculo de coihues y cipreses, cuyas copas puntiagudas se proyectan inmóviles en las aguas mansas y azules. Y más allá de los promontorios, más allá de las selvas cruzadas por arroyos y ríos turbulentos, más allá de los valles en flor y de las mesetas glaciales, cierra el confin la cordillera danolada, llena de manchas boscosas, insondables abismos y cimas blanqueadas por los hielos y las nieves eternas. Ya en el siglo épico de la conquista, muchos de los cubridores pretendieron llegar obstinadamente a las cumbres, alucinados por la visión incomparable de los gigantes promontorios dorados. Mil rumores de conocidos, llenos casi siempre de promesas halagadoras, colocaban allí la fabulosa y encantada ciudad de los Césares. Pero a pesar de todo, hasta el año de 1670 nadie había podido penetrar el misterio. Sólo el jesuita Marcardi, valiéndose de unos indios Tehuelches, prisioneros en Chile, consiguió que a cambio de la libertad indicaran el paso de las selvas, logrando llegar hasta el

lago de Nahuel Huapi, en cuya margen boreal fundó una pequeña ermita misionera. Durante siete años consecutivos, los religiosos fueron amparados y respetados por los indígenas; pero al fin éstos terminaron por asaltar la misión, asesinando y quemando a sus indefensos moradores. Las leyendas del sangriento episodio, evitaron posteriormente toda tentativa de viaje, siendo el chileno Guillermo Cox, que en 1861 lanzóse personalmente a buscar una ruta interoceánica, el primer explorador afortunado de Nahuel Huapi. Otro viajero contemporáneo, el Dr. Moreno, ex director del Museo de La Plata, también llevó a cabo dos interesantes y accidentadas jiras, que facilitaron grandemente el estudio y conocimiento de aquellas pintorescas regiones, comparables en cualquier sentido con las más célebres y frecuentadas de Suiza. Así, advertimos que ninguno de sus ventisqueros famosos, es superior en grandiosidad al transparente y maravilloso mar de hielo, dominado por el volcán Fitz-Roy. Las montañas ofrecen aquí un aspecto más abrupto, más fuerte,

más indómito. Igual puede decirse de sus bosques impenetrables, donde crece el laurel, donde los coihues alcanzan una altura de treinta y cinco metros y donde la maraña selvática se entreteje hasta formar oscuras galerías vegetales. También el lago San Martín, el Tralul y todos los que embellecen el paraíso glacial de los Andes, resultan más atractivos y grandiosos con sus moles porfídicas, sus rocas y sus montañas moradas, nacaradas y negras, que muestran en la corteza cóncava, iluminada por el sol, manchas de líquenes verdosos y fragmentos petrificados. En medio de esta prodigiosa naturaleza, entre los cerros y los valles, es donde está enclavado el hermoso parque nacional de Nahuel Huapi, cuyo perímetro máximo alcanza una extensión de cien leguas cuadradas, y donde el monte Tronador, verdadero gigante geológico, hace sentir continuamente el ronco sonido de sus enormes sacudidas de ciclope.

VÍCTOR ANDRÉS.



NACIMIENTO DEL RÍO MANSO EN LOS VENTISQUEROS DEL TRONADOR, VISTO A TRAVÉS DEL PASO DE LAS NUBES.



OBELISCO GRANÍTICO DE CINCUENTA METROS DE ALTURA.



UNA VISTA PANORÁMICA DEL PARQUE NACIONAL DE NAHUEL HUAPÍ. EN PRIMER TÉRMINO EL BOSQUE DE CIPRESSES Y COIHUES, Y AL FONDO EL CERRO TRONADOR.



GOLFO DE LA TRISTEZA EN EL LAGO FREY.

Descendíamos, charlando, la playa de Botafogo. Regresábamos de hacer una visita al Hospicio de Alienados y, naturalmente, la conversación recordaba los episodios de visión dolorosa y trágica que nos llenara los ojos durante el día.

Eramos tres: Lery y Braulio, estudiantes de medicina en visperas de doctorarse, y yo. Aquellos, internos del Hospicio, habituados al espectáculo cotidiano durante años, hablaban de todo con la mayor naturalidad. Citaban locuras terribles y extrañas, cuya simple narración bastaba para dar calofríos de horror, considerándolas a título de bellos casos patológicos, dignos de estudio, de los que trataban sin la menor emoción.

En cuanto a mí, lo que me impresionaba más vivamente no eran las formas violentas del desequilibrio mental, las fobias, los gritos, los delirios que exigen la seguridad de las camisas de fuerza; eran, por el contrario, los pequeños desvíos de la razón, las alucinaciones mansas y tranquilas, que obstinan el espíritu en dirección errada, hacia un sólo punto, y dejan en todo lo demás la integridad intelectual.

Muchas veces, al pasar, un loco se me acercaba y me secretaba, con voz natural y segura, llena de convicción — la convicción que origina los grandes heroísmos — alguna bizarra extravagancia, concluyendo por quejarse de que lo hubieran secuestrado en aquella compañía de locos. Y para ser amable tenía el cuidado de mostrarme a aquellos que en su opinión «estaban realmente locos». En estas circunstancias en que mi interlocutor señalaba como verdaderos alienados, pasaban sonriendo con maliciosa mirada de inteligencia como indicándome que el único loco era él. E instintivamente se llegaba a dudar de la propia razón, cavilando en el simple desvío, en el descarrilamiento sutil que basta para detenerla en su recto camino.

Pensábamos en todo eso. La tarde era magnífica. El sol, oculto ya hacía rato, mantenía aún en el cielo un desmayo de luz tenue e indecisa, un crepúsculo pálido y suave. El mar susurraba orlando de blanco encaje las ondas pequeñas y bajas... A la puerta de los jardines, algunos grupos de niñas parloteaban. Veíase a la distancia, el blanco caserío de Nicteroy. En la curva armoniosa y ancha de la bahía, las grandes embarcaciones gallardas ondeaban en el aire calmo los aventureros gallardetes, añorando tal vez otras tardes distantes, de otros lejanos crepúsculos. La entrada de la barra, abierta allá a lo lejos como una puerta despalancada, era una evocación doliente de la tristeza de las partidas... Todo, en fin, en aquella hora de infinita mansedumbre, asumía un tono dulce y tierno, una blandura anémica de convalecencia...

A poco la charla empezó a aflojar. Se sucedían largos momentos en que nos callábamos todos, sintiendo que la sugestión de aquella tristeza ambiente amortiguaba en nosotros la vivacidad de las réplicas.

Hablábamos lentamente, en voz más baja. Y la memoria, conformándose a la ternura triste de la hora, evocaba tan solamente el recuerdo de ciertas locuras de una tristeza infinitamente tierna.

Había, entre otros, en el Hospicio un muchacho que todos conocimos en perfecta salud. Era un tipo expansivo y jovial, alegre siempre, siempre dispuesto a la broma y al ingenio. De improviso, sin embargo, comenzó a hacerse retraído y triste, a tornarse tan áspero e insociable, que fué casi sin sorpresa que leímos su nombre en una gaceta de diario, como el autor de una tentativa de asesinato.

En la substanciación del proceso pudo determinarse la causa del crimen. Era el delirio de las persecuciones.

Una alucinación persistente le hacía escuchar que alguien lo injuriaba. A veces, en un transeúnte que pasara hablando, creía reconocer la misma voz, y le saltaban ímpetus de matar al individuo. Al fin, un buen día, no pudo contenerse más: se arrojó sobre un pobre hombre que conversaba y trató de ahogarlo entre sus dedos convulsos.

Sólo a costa de grandes esfuerzos se logró salvar a la víctima, mientras la multitud bestial rugía gritos de ¡Mátalo! contra el agresor que, de la prisión, pasó rápidamente al Hospicio. Allí, la locura, siguiendo su curso natural, comenzó a evolucionar hacia el delirio de las grandezas.

Cuando lo visitamos ese día, tenía en la cabeza un sombrero de papel, atravesado a la manera napoleónica y, con los brazos cruzados, con los labios fruncidos en una actitud olímpica de desprecio, nos miraba con el más atildado desdén, sin siquiera dignarse dirigirnos la palabra.

Salimos con un pesar extremo, compadecidos. ¡En pleno vigor de juventud y de talento, era realmente muy triste ver aquella zozobra de un futuro que pudo ser tan bello y tan grande!

Como yo acabara de expresarme así, Braulio comentó:

El galeote

por M. MEDEIROS y ALBUQUERQUE

— Es verdad. Hay, como éste, muchos otros casos igualmente tristes. Aun cuando voy perdiendo la excesiva sensibilidad que tú muestras, no he podido sustraerme a un pesar íntimo al recordar un caso, el que más me impresionó desde que trabajé en el Hospicio... No creas — continuó después de una pausa — que se trate de alguna cosa extravagante y aparatosa. Por el contrario: es todo lo que puede haber de más tranquilo, de menos violento... Calcula por ti mismo... Tratábase de una joven de diez y nueve años, inteligente y hermosa, tan hermosa que no la describo para que no presumas que romantizo el episodio. Pues bien: esa joven se casó, transcurrió un año de vida deliciosa, y, de súbito, con ocasión de su primer alumbramiento, tras de una fiebre puerperal, enloqueció.

La voz de Braulio se hizo más grave. Habíamos llegado al extremo de la playa. Volvimos. Era noche ya. En el azul, que la claridad de la luna menguante decoloraba tristemente, algunas estrellas iban surgiendo. Subimos de nuevo por el lado del paredón. La marea creció de pronto; las ondas eran más fuertes, estrellábanse contra las piedras con un rumor más alto y más plañidero...

— Enloqueció — prosiguió el narrador —

pasó dos meses en medio de un delirio violentísimo y, de repente, al cabo de ese tiempo, tranquilizóse en la calma más profunda. Se pasaba los días sentada en un rincón de la celda que le habían destinado. Todo su cuerpo, absolutamente inerte, parecía atiesado por la catalepsia. Su mirada — unos grandes ojos negros, muy brillantes — se fijaba obstinadamente en el espacio, con la expresión indefinible de quien, muy abstraído, mira sin ver... A penas en aquella estatua los labios se movían con una contracción regular y monótona, balbuceando cualquier cosa que no se podía oír. A las preguntas que se le hacían no respondía; sus labios tan sólo parecían repetir infatigablemente la misma palabra. Una vez más sufrió una crisis. Yo estaba de servicio; fui a verla. Los gritos, las convulsiones, las quejas fueron cesando poco a poco para pasar a una faz de llanto. Luego, como me viera solicitado a su lado, tuvo una expansión inesperada y comenzó a dirigirme la palabra con una volubilidad estrema y febril. Me previno, luego, que era la última vez que hablaba a alguien y me explicó, entonces, el misterioso balbuceo que la atormentaba. Me dijo, cierta vez, en medio de un delirio, advirtiéndome los saltos desesperados del corazón y sintiéndolo palpar febrilmente

te, como un pájaro preso en la mano que se esfuerza por huir, tuvo pena del pobrecillo. Recordó que el cautivo músculo latía así ininterrumpidamente desde la primera manifestaciones de la existencia hasta el postrer momento de la agonía, sin una pausa, sin un descanso. Era el forzado eterno, el galeote de la vida, trabajando siempre, siempre batiendo... Le inspiró lástima el infeliz. ¡Figurábasele cansado, jadeante, queriendo detenerse al fin, al fin descansar y alcanzado inexorablemente por la onda de sangre, subiendo siempre, siempre: trabajo interminable de Sísifo! Y entonces, no deseando agitarse más en grandes movimientos, porque ello hacía sufrir al pobrecillo, hizo íntimo voto de verlo tranquilizado y detenido. A partir de entonces, comenzó a vigilar el constante *tic-tac*. Era ésta, pues, la palabra que sus labios repetían incesantemente. Intentaba decirlo más lentamente cada vez, para que los latidos cardíacos se fueran conformando con esa lentitud provocada por el ritmo. Traté de disuadirlo. Le dije que el corazón era uno de esos músculos que escapan al poder de la voluntad, acumuló argumentos para demostrárselo... Todo fué inútil. Ella cesó de conversar, sonriendo con una sonrisa de duda y obstinación y recomenzó el *tic-tac*. Le examiné el pulso; su latido era seguro y normal. No era posible que lo alterase tan fácilmente. A partir de allí, metida en un ángulo de la celda, la pobre loca prosiguió su ocupación. Transcurrieron algunos días sin que volviera a hablarla. Al cabo de un mes, en cierta ocasión en que yo la miraba fijamente, ella me extendió su pulso. Se lo tomé de nuevo y no pude reprimir un gesto de asombro mientras la pobre niña sonreía triunfalmente. En efecto, la pulsación había disminuido de una manera sensible. Era más débil y más lenta. Pretendí, una vez más, disuadirla y de nuevo fué inútil todo mi esfuerzo. Permaneció repitiendo mecánicamente el eterno *tic-tac*, mucho más suave ya.

No sé — agregó, después de una breve pausa — puede parecer pueril esta confesión, pero nunca sabría decirlo, viendo a cada día tantas otras locas, igualmente hermosas, porque delante de ésta se me henchía el corazón de una angustia verdaderamente dolorosa. Por fin, el *tic-tac*, concluyó por perseguirme. Llegué a creer que enloquecería también. Aquel ruido monótono me llenaba los oídos: a toda hora de oír a la loca repetir, percibía yo incesantemente el *tic-tac* oscilar dentro de mí; y mis labios se movían a veces, inconscientes, modulando las dos sílabas, siempre las mismas... Era ya una obsesión extraña que me hacía evitar la vecindad de la enferma. Ni de lejos la miraba. Sus grandes ojos negros, tranquilos y afables como un lago desierto a la hora muerta del crepúsculo, parecían sorberme la razón, convidarme a la locura, decirme que olvidara las preocupaciones mezquinas de la vida por un sueño cualquiera, aun cuando fuera el estéril deseo de hacer parar el corazón... Y es por eso por lo que trataba de no pasar por cerca de ella.

Pero, una vez en que no pude hurtarme a las exigencias del servicio — hacía ya tres meses que ella estaba recluida — la loca sonrióme de nuevo, extendiendo el brazo descarnado, sin que me fuese posible rehusar. ¡Qué asombrosa pertinacia! Me costó encontrar el pulso. Era un latido flácido, filiforme, sin vigor, ampliamente espaciado, casi perdiéndose... La demente no interrumpía el *tic-tac*, cada vez más retardado, como el de un reloj que estuviera por pararse...

Ni pude hablarla siquiera; las palabras morían en mi garganta. A penas la miré con tristeza y ella bajó la vista... Pasé adelante sin oír nada más que el implacable *tic-tac* que me cantaba en los oídos... Cuando a la mañana siguiente, la enfermera de servicio vino a trasmitirme las novedades de la noche, me contó que en la víspera, antes de acostarse la enferma, me envió el siguiente mensaje. «¡Dígame adiós! de mi parte... El terminó por pararse». La enfermera me había trasmitido lo que le oyera decir sin prestarle la menor importancia. No había comprendido. Corrí a la celda: hallé muerta a la pobre loca. Tenía el rostro resplandeciente en una sonrisa afable de victoria... El eterno *tic-tac* se detuvo, al fin, en sus labios amortecidos... ¡Ausculté el corazón: el músculo grillete, el galeote de la vida, descansaba finalmente! Sus grandes ojos negros estaban desmesuradamente abiertos, fijos en el espacio... ¡Pobre loca!

Cuando Braulio terminó, habíamos llegado de regreso frente al Hospicio. El mar batía las rocas con rabia, plañidero y triste... Arrimado a los barrotes de una de las ventanas, que sacudía furiosamente, un loco cortó el rumor de las olas con un rugido gutural. De diversos puntos, fúnebres y tristes, otros locos le respondían...





SANCHO PANZA

ÓLEO DE MORENO CARBONERO.

PROPIEDAD DE DON JOSÉ BLANCO CASARIEGO.





LA VIDA DE UN PEQUEÑO PUEBLO.

PANORAMA. Al norte o al oeste, o mismo donde se bifurcan a todos los rumbos los vientos del sur, se encuentra el pequeño pueblo. Las vías férreas rectan la inmensidad de los campos y de tarde en tarde pasan los trenes llenando el espacio con la resonante canción de sus agitados hierros. Cuando la voluntariosa cabeza del convoy aparece como quieta y estupefacta en la lejanía, el grave maquinista mira por el ojo de buey; y entonces se inclinan, dando la bienvenida, las astas de los semáforos. El tren avanza, y en la ventanilla asoma la cabeza del extranjero.

Bajo la carga del sol ha sido solitario y ardiente el largo trayecto, y he aquí que se abren a la vista frescos oasis de verdura y tiembla en el aire el ruido cordial de las acciones humanas. Se ven, lejanas, las estancias rodeadas de eucaliptus, y más cerca chacras y quintas con sus molinos de viento de metálicas y zumbadoras aspas.

El pueblo está dividido en dos partes que corta la vía. Pocas casas al poniente frente a los galpones ferroviarios; muchas y casi todas bajitas y de estilo uniforme al levante, rodeando a la iglesia cuya torre esbelta y aguda se destaca en el añil del cielo. Junto a la iglesia, que alzó a un costado de la plaza no hace mucho los hombres más graves del pueblo, se ve la Intendencia. Es un caserón de complicada arquitectura y larga historia municipal; costó mucho dinero y su fachada de corte italiano, mudéjar y gótico a la vez, gusta al vecindario y consulta las ideas estéticas de los varones más conspicuos y exigentes. Una bandera azul y blanca señala el edificio escolar; más allá se ve la copa de un enorme ceibo que humaniza con su sombra el triste y sucio patio de la comisaría. Alrededor del pueblo industrioso emigrantes trabajan en las granjas y recuentan los ganados; en los planteles de legumbres el jornalero remueve la tierra, y desde la ventana de alguna casa una voz de mujer llama al niño travieso que corre por el jardín persiguiendo mariposas.

En todas direcciones seган el césped anchos caminos; pasan, lentamente, carretas de bueyes, y al trote de criolla cabalgadura, jinetes de tez bronceada y aludo chambergo. Lejos, en el vértice de dos senderos que forman ángulo, se divisa una pulpería.

LAS AGUAS Y LOS TOROS.

Cerca del pueblo pasa un arroyo. Este arroyo es silencioso y humilde y tiene una historia tan bella que parece humana. Hace unas curvas suaves y elegantes en la verde campiña y es muy sabido que en sus recodos más profundos nunca se ahogó nadie; canta además siempre donde sus aguas más se dilatan dejando ver el cauce lleno de pulidas piedras y oscuros légameos. Junto al puente de un camino que penetra en el campo, unas mujeres lavan ropa. Son las lavanderas que en todas las partes de la tierra buscan las orillas de los ríos buenos y mansos, y mientras limpian la ropa de los pobres y los ricos, charlan y cantan alegremente. Las bizarras cantatas de las lavanderas se pierden en el rumor de crótalos de las aguas que pasan reidoras y ligeras, en las mañanas de sol.

El arroyo, a veces, da sus caudales a la

tierra yerma; los hombres abren sañudos rumbos en sus flancos, y como si se desangrase, las aguas, se le van, señalando plateadas vetas en los campos sedientos.

En estos campos tan vastos y luminosos pace ahora la grey vacuna; y precisamente, mientras las lavanderas dicen una cantata que suena igual en las orillas de todos los mansos ríos de la tierra, se miran, ceñudos, dos toros en cuyas ardientes pupilas tiembla la imagen de una misma vaquita.

Estos dos toros parecen hijos de una de las siete vacas gordas del apólogo egipcio; pero la remota consanguinidad calla ante la despierta violencia del instinto. He aquí que, juntas las cabezas, luchan los toros, forcejeando a puro empuje de frentes. Está como estupefacta la vaquita gentil y es menester que el gaucho aparcero, picana en mano, descomponga la animada y rotunda escultura de los toros que luchan.

Cerca de las aguas reidoras, los toros en pelea improvisaron por un instante un magnífico símbolo de la tierra feraz y milagrosa.

LOS PERROS VAGABUNDOS.

Está el tiempo nuboso y abundan los perros por las calles. Unos cirrus errantes y grises cruzan el espacio como caravanas de informes dromedarios, y las almas los siguen sufriendo una inefable inquietud. Todo propicia el anhelo vagabundo y la nostalgia de cosas remotas. Algún misterioso piano estridula, inauditamente, un andante de Grieg.

Los perros, traídos, sin duda, por los frescos vientos de otoño, aparecen en las calles del pueblo. Son unos canes de recia pelambre, enérgica pupila, descuidados y libres; se les ve en todas partes, husmeando las puertas, mirando a lo alto, con el aire de anarquistas que busquen lugar adecuado para pronunciar una bíblica arenga.

Detrás de la Intendencia, rodeando las carnes fétidas de un caballo muerto, se ofrecieron un festín los perros vagabundos. Durante toda la tarde, silenciosos y juiciosamente, dieron feroces mordiscos al caballo muerto. Los chicos, al fin, como en la vieja Constantinopla, organizaron una pedrea dispersando a los canes. Algún mastín fué visto luego con una estrepitosa lata atada a la cola, correr enloquecido.

Llegada la noche, los perros dejaron todavía un testimonio más firme de su paso por el pequeño pueblo. En el teatro local, una casi barraca donde las gentes se sientan con el sombrero puesto y fuman distraidamente, hace función una «troupe» de operetas. La gracia picaresca de una galante historia con personajes de Hungría interesa escasamente; pero los líricos arrebatos del tenor y la tiple, la palabra del barítono, que es travieso como un canónigo, y aún las disordes voces del coro distraen al público. Mas, el espectáculo no convence, y he aquí que sólo por una grotesca providencia termina a gusto de todos. En el patio de plateas, sin que se sepa cómo, entraron numerosos perros; y cuando la tiple exalta en un grito la dul-

ce queja de un melancólico amor, los canes vagabundos aullan al unísono de pronto, llenando el espacio con la espantable salmodia de sus agoreras. Y forzosamente, la función termina.

HOMBRE DE CAMPO.

El hombre de campo entra pocas veces al pueblo donde no tiene mucho que hacer. Heredó de sus mayores hábitos patriarcales y se pasa la vida discurriendo por la florida tierra, identificado con su alma profunda y armoniosa. Pero los tiempos de ahora no son como los pasados y de cuando en cuando es necesario colocar los arresos al caballo zaino y dirigirse luego, pisando conocidos rastros, en dirección a las casas.

El hombre de campo aposenta en la fonda de unos vascos cuyo carácter adusto tanto condice con su espíritu grave. Dejó la cabalgadura en el patio de la hospedería y se le ve por los negocios realizando necesarias compras. Hace tratos cabales con pocas y breves palabras, y acentúa sus intenciones con actitudes mesuradas y firmes... Llegada la hora de yantar, si aún ha de seguir en el pueblo, busca en el comedor un sitio apartado y se sirve de lo que hay, sobriamente; y mientras los viajeros, titiriteros, y empleados charlan de las cosas del día, él calla, porque de hablar sus palabras sonarían en el corazón de todos de una manera extraña y distinta.

Este hombre de campo vino muchas veces al pueblo regresando pronto a sus pagos. Pero ahora ha llegado enfermo y está en el comedor de la vieja fonda de vascos, más silencioso que nunca. Un mal sin cura le roe el corazón y poco a poco va para muerto cuando todo parece renacer a una nueva vida. Lívida, casi verdosa la faz, escucha el discurso adventicio con el aire resignado de quien espera, en vano, algo mejor.

El nieto del viejo Vizcacha mientras hablan en absurda jerigonza los extranjeros que almuerzan en la fonda de vascos, suspira profundamente, y su cabeza, pálida y triste, se inclina como si fuera a rodar sobre la extensión de su vasto pecho.

ALMAS VIAJERAS.

La facultad de soñar es en el pequeño pueblo patrimonio de las mujeres. El alma femenina medita al margen del ensueño y va diseñando poco a poco la arquitectura de un mundo ideal. Cuando las muchachas casaderas están al lado del novio, posiblemente no piensan en nada; pero no todas las muchachas tienen novio, y aún las mismas prometidas se distraen frecuentemente, mirando al horizonte. Por el océano del cielo, cuando el ocaso solar, pasan ligeras nubes como fantásticas naves matizadas de fuego; en la noche el distante y claro firmamento es rayado por el diamante de alguna estrella fugitiva. El alma de las muchachas surge entonces del profundo pozo del vivir monótono y sedentario y sigue a las ilusorias naves del cielo; corre tras la blanca es-

trella fugitiva. Esta necesidad de sentir la emoción del ensueño explica perfectamente el hecho de que las muchachas no se cansen de pasear todas las tardes por el andén de la estación, y de dar vueltas alrededor de la plaza las noches en que la banda de música hace concierto. Cuando llegan los trenes, las muchachas del pequeño pueblo, viendo las caras extrañas que asoman en las ventanillas, piensan que el mundo es muy grande; que hay otras tierras y otros cielos, y ciudades enormes donde cumplen un destino desconocido las gentes que llenan el convoy que pasa. Al iniciar de nuevo la marcha el tren de la tarde, en los grandes ojos de las muchachas tiembla la tristeza.

Por la noche, con propicia luna llena encima de la torre de la iglesia, los bravos italianos de la banda ejecutan, preferentemente, «Cavalleria Rusticana». Las frases de aquella música, celestial y bárbara, suenan en el espacio figurando la voz de una quimera que arrebatara las almas; y entonces, las muchachas del pequeño pueblo acarician la ilusión de que alguien vendrá a buscarlas para un largo y lírico viaje.

LA ÚNICA FUERZA.

Sólo el trabajo acrece la grandeza de este pueblo plantado en mitad de los campos. Día a día el impulso del trabajo aumenta el comercio y las incipientes industrias. Llegan continuamente gentes de todas las partes, y el perímetro urbano se va ensanchando con las nuevas construcciones que se levantan al final de las calles. Hay entre los hombres el culto de la acción. Se labran las tierras, se fomenta la ganadería, se multiplican las granjas y ya se cuenta con alguna fábrica. En más de treinta leguas a la redonda no existe otro pueblo que en tan poco tiempo haya progresado tanto.

Las jornadas del trabajo tienen un carácter vario y circunstancial. Regularmente todo es salud y buena ventura; pero a veces un trágico viento estremece las cabezas de la gleba. No hace mucho llegaron a la estación numerosos braceros que no hubieron faena por otros lugares. Mochila al hombro, rotos y barbudos aparecieron ante el pueblo como un violento testimonio de la desesperación y el hambre. Cundió el pánico entre los más felices y fué menester que alguien realizase un esforzado gesto de humana solidaridad para mitigar el dolor de aquella espantable caravana.

Es siempre por la época de las ubérrimas cosechas que llegan al pueblo estos dramáticos parias.

Cuenta ya el pequeño pueblo con un diario que es allí, según se dijo alguna vez en grave artículo de fondo, la manifestación más alta y espiritual del trabajo. El dueño y director es un portugués presuntuoso a quien nadie estima mucho. Resultaría interesante saber cómo pudo ingeniarse para llegar a ser, sin proponérselo, envidiado por todos. En otros periódicos de aparición irregular se le insulta y vilipendia; cada ataque cuesta un disgusto a la señora del director. Pero el portugués, alentado por el odio, sigue trabajando y como es ingenioso, progresa. El diario acaba de recibir una máquina linotipo y es sin duda alguna, en el pequeño pueblo, la expresión más inteligente del trabajo.



DELIO MORALES.

DIBUJO DE MAYOL.

AMADO NERVO



A • MI • HERMANA • LA • MONJA

Extra • PLUS • VITRA

Salvate tú, hermana, con tu sencillez;
sálvame yo, con
mi complejidad.

Distinta es la senda, distinta la vez
y aun siendo la misma, otra la verdad.

Sigue tras las nubes buscando el fulgor
de tu antropomorfa celeste deidad,
mientras yo me asomo todo a mi interior,
hambriento de enigmas y de eternidad.

Hay algo en nosotros igual: el Amor,
y ese ha de logramos al fin la Vnidad

Salva seas pues tú, con tu candor,
salvo yo, con toda mi complejidad.



Amado Nervo



Bien venido el poeta de la sencillez, de la serenidad, de la rima transparente y alada; bien venido el poeta de la tristeza, el dulce poeta de la delectación amorosa, llena de ensueños celestes y sobrenaturales; bien venido el poeta místico, el poeta melodioso que sueña con la realización de una esperanza única, de un afán hacia lo absoluto, y que sabe transmitirnos la emoción de su filosofía panteísta por medio de la palabra musical, del ritmo elegante, de la forma sutil y aristocrática. Amado Nervo es todo esto, y es más aún que esto. Para nosotros es el viejo amigo que llega; es el amigo de corazón a quien se recibe con los brazos abiertos, y a quien se saluda con la íntima complacencia del que sabe corresponder a las más caras demostraciones de confraternidad.

La sencillez, ese don precioso de los buenos y de los elegidos, es una cualidad predominante en el carácter y en la obra del poeta. Se la encuentra en toda su labor, en su prosa concisa y sintética, en su vida y en sus ideas, en sus palabras y en sus versos emotivos y mágicos. A trevés de ellos se advina un vago misticismo espiritual, triste como algo perdido para siempre, suave como una oración musitada entre labios.

La delicadeza sentimental de Nervo se advierte en sus composiciones amorosas. La psicología del escritor pierde su frecuente complejidad cuando los estímulos de la pasión desnudan el alma, caracterizándose por su ternura, reveladora de un corazón repleto de bondad y sincero hasta el sufrimiento. Ni la exaltada voluptuosidad ni la absurda divagación idealista, mellan su inquebrantable normalidad de hombre que refrena ajenos extravíos con el ejemplo.

Amado Nervo es de aquellos poetas que sienten la atracción irresistible del misterio, pero con serenidad de hombres maduros, llenos de la contemplación de la vida, que evitan los extravíos febriles a lo Edgar Poe y las alucinaciones enfermizas.

Quien haya leído a Emerson, príncipe del ocultismo, reconocerá la irresistible simpatía que inspira este gran pensador. El poeta transforma la sensualidad de la visión externa en otra sensualidad superior, la de poner lo que recogieron sus sentidos ante el santuario cerrado de su entendimiento. El espiritualismo sencillo y cordial de Emerson, parece realizado por Nervo en algunas de sus poesías, en apariencia humildes, inofensivas de puro sentimiento y en realidad profundas, como si velaran las hondas inquietudes de este hermano de Emerson.

El deseo inmoderado de establecer aproximaciones entre las figuras literarias de alguna magnitud, lleva a muchos por erróneos caminos, dando a la crítica un falso sentido de comparación. Englobar la labor literaria de Amado Nervo entre la de aquellos continuadores del simbolismo francés, y colocarla después de Rubén Darío, como siguiendo las mismas sendas espirituales del autor de «Prosas Profanas», no significa en verdad mucha agudeza crítica. Las comparaciones son siempre odiosas, y más aún, cuando la orientación es tan distinta que en una sola lectura de Nervo puede observarse la distancia ideológica que los separa del galicismo imperante entre los líricos de la última generación hispano-americana.

Hoy, ostentando la investidura de plenipotenciario, trayendo la representación diplomática de su país cerca del gobierno argentino, el noble escritor mexicano llega a Buenos Aires, la ciudad cosmopolita y atrayente, no como el extranjero a quien hay que brindar atenciones protocolares, en mérito a la misión que desempeña, sino más bien como el antiguo conocido de todos, el amigo predilecto de todos, que conmovió nuestra sensibilidad más de una vez con el maravilloso encanto de su poesía. El nuevo representante de México puede decir que Buenos Aires no es una ciudad extraña, ni que el país es un país ajeno y desconocido. Todo en él le será familiar, aun sin haberlo visitado anteriormente, porque su espíritu está identificado ya, desde hace mucho tiempo, con esta tierra donde se le profesa la más sincera simpatía y donde el acontecimiento de su llegada ha suscitado tantas y tan elocuentes demostraciones de afecto y consideración.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

LA HERMANITA (DE LA REALIDAD)

I

Querido amigo:

En el momento en que escribo esta confesión, estoy ebrio, completamente ebrio...

No vayas a creer por ello que esta narración es la obra de un cerebro enloquecido por el alcohol; ni pienses tampoco que vas a leer incoherencias, ni divagaciones sin sentido; nada de eso. Te diré, por lo pronto, para explicarte semejante cordura en un beodo, dos palabras: mi embriaguez es absolutamente premeditada, y estoy firmemente convencido, que, cuando uno se propone, en estos casos, discurrir razonadamente, no se pierde el tino, y en cambio se aguzan los recuerdos. (Ya te explicaré este fenómeno en otra oportunidad).

Tú sabes que tengo la debilidad de escribir cuando estoy triste, cuando tengo una pena; es un consuelo... Sabes también que se me murió una hermanita, ¿te acuerdas?... Mercedes; aquella chica que declamaba:

«República Argentina patria amada»... etc.

Pero sí, ahora recuerdo: tú la escuchaste en un día patrio, y estabas inquieto, pues temías se cortase; sin embargo se desempeñó muy bien, y con mucha gracia se inclinó cuando decía:

«... Vengo patria gloriosa, solamente
a doblar la rodilla reverente
y a deshojar las mías a tus pies.»

Y deshojó un ramo de flores que le había preparado la mamá. Bueno; como me estoy acordando de ella, quiero escribir. ¿Por qué me he embriagado para ello? Eso te lo diré, y comprenderás mejor, al final.

Olvidaba hacerte una advertencia: si crees encontrar un cuento entretenido, no lo leas, y si no tienes ánimo de entristecerte, tampoco.

II

Mercedes tenía ocho años. Era linda, ¿no es cierto? Todos los que quieren creen ingenuamente que la persona querida es muy hermosa siempre; pero ésta lo era en verdad. ¡Estoy seguro! Tenía, dije, ocho años, y unos ojos grandotes, que cuando estaba en agonía, dilataron tanto las pupilas que parecía iban a estallar... mas eso corresponde al final de la narración... pierdo un tanto la cabeza... Eran unos ojos expresivos como si reflejaran un alma de veinte años. Cuando yo la hacía llorar (lo hice muchas veces) adquirían una expresión de reproche, tan triste, que de inmediato me llenaba de arrepentimiento. Se me ocurre que habiendo descrito sus ojos, la he descrito toda.

Una tarde, regresó enferma del colegio; le dolía el vientre y tenía fiebre; llamaron al médico (dicen que es de gente vulgar culpar a los médicos), pero — te lo diré en confianza — parece que equivocó el tratamiento y la nena empeoró.

Hubo consulta; es imponente una consulta; aquellos señores graves, de ademanes mesurados, van a decidir la alegría del hogar. El nuevo médico le palpó el lado derecho del vientre, durante mucho rato; golpeaba con el índice y el dedo medio de su mano derecha sobre los mismos dedos de la izquierda, que había colocado sobre la piel; «percusión», en su lenguaje; y se escuchaban ruidos vagos e indescifrables para mí; de vez en cuando, hundía los dedos en la carne, y la enfermita respondía con un grito crispante.

— Es un caso clavado de apendicitis, — dijo.

Y ordenó que se invirtiera el tratamiento.

— Hielo, mucho hielo.

Pero ya era tarde. La enfermita estaba agotada; no se podía operar.

Ahora comienza lo más triste para mí; desde aquel día no se escuchó otra cosa que un quejido continuo; era como el débil quejido de una ovejita herida; pero cómo resonaba en mis oídos! ¡se me clavaba en el tímpano! Y ella nos miraba llena de angustia, solicitando protección, cómo si pudiéramos dársela! Esas miradas cohibían, pues por momentos imploraban y a veces exigían...

— ¡Mamá qué voy a hacer con este dolor!!

La madre callaba sin saber qué responder a la súplica desesperada. Rezaba pidiendo ingenuamente un milagro; y en su oración preguntaba repitiendo las propias palabras de la nena:

— ¿Qué va a hacer la nena, Dios mío, con ese dolor?

Y Dios enmudeció; por eso no creo en él.

Después se agregó el tormento de la sed. Aquel cuerpecito enflaquecido, de cara desencajada y de ojos que hacía brillar la fiebre, tenía un volcán en el vientre.

— ¡Agua... pronto... agua!...

Entretanto, sin un instante de tregua, tenazmente, la acosaban agudas punzadas, cual si una aguja perforara sus intestinos; y ese sin tregua

repetía: ¡Mamá! ¿qué haré con este dolor?...

Una tarde los médicos declararon que no vendrían ya.

Cuando entré en el cuarto de la enfermita, mamá, sentada junto al lecho, volvió hacia mí su rostro; en sus facciones marchitas por las vigiliadas y la pena, se marcaba netamente la curva de unas profundas ojeras violáceas.

— ¿Sabes? — me dijo con voz apagada. — Ya no vendrán más los médicos... — y tornó a sus atenciones maternas.

En la blancura de las sábanas, se destacaba igual a una flor tronchada, la cabecita doliente, con el rubio cabello desordenado.

Tú que entiendes de medicina, conocerás sin duda los detalles que te envía este profano.

Creo que aquello era lo que llaman estado comatoso.

Respiraba lenta y profundamente. Tenía las mejillas teñidas de color rosado y los músculos faciales flácidos, dábanle una expresión de intenso abatimiento; la boquita aparecía un tanto desviada. ¿Sabes por qué me llamó la atención este detalle? Porque recordaba por contraste la gracia con que aquellos labios sabían decir la canción escolar:

«Tuve una muñeca, vestida de azul»,

«La saqué a paseo y se me enfermó

¡Pobre muñequita, que se me murió!»

Siguiendo mi relación:

Los ojos en aquel momento me produjeron horror. Vidriosos, más grandes que nunca; me incliné para adivinar la expresión... Me parecieron como aterrados; creo haberte dicho que tenían la pupila bárbaramente dilatada, con un diámetro longitudinal, mayor que el transversal. No conozco qué clase de relaciones fisiológicas pueden existir entre los ojos y ese estado que los técnicos llaman comatoso; no conozco, pero a mí me pareció que estaban así, porque veían la muerte y el espanto les esculpió su sello. Murió al amanecer. Cuando el día nació, ella espiraba.

Yo fui a verla, cuando ya estaba vestida; me acordé de aquel trajecito nuevo que era su orgullo, el mismo que vestía, cuando dijo aquellos versos, en el día patrio; la madre, aturdida por la desgracia, en la inconsciencia momentánea de los grandes dolores, se lo arreglaba con singular esmero, cuidadosamente, amorosamente, como si la preparara para aquella fiesta...

¿Me entiendes por qué me he embriagado?

Porque dicen que los hombres no deben llorar; eso queda para las mujeres; y yo, así ebrio, he llorado mientras escribía y he derretido unas lágrimas que tenía cristalizadas en el alma, desde su muerte. — Tu amigo.

Esta carta estaba manchada de vino.

Por la copia:

JULIO CÉSAR DABOVE.

DIB. DE HOHMANN.





PROPIEDAD DEL SEÑOR MIGUEL A. FINOCHIETTO.

“ESLAVA”

ÓLEO DE LÓPEZ NAGUIL.

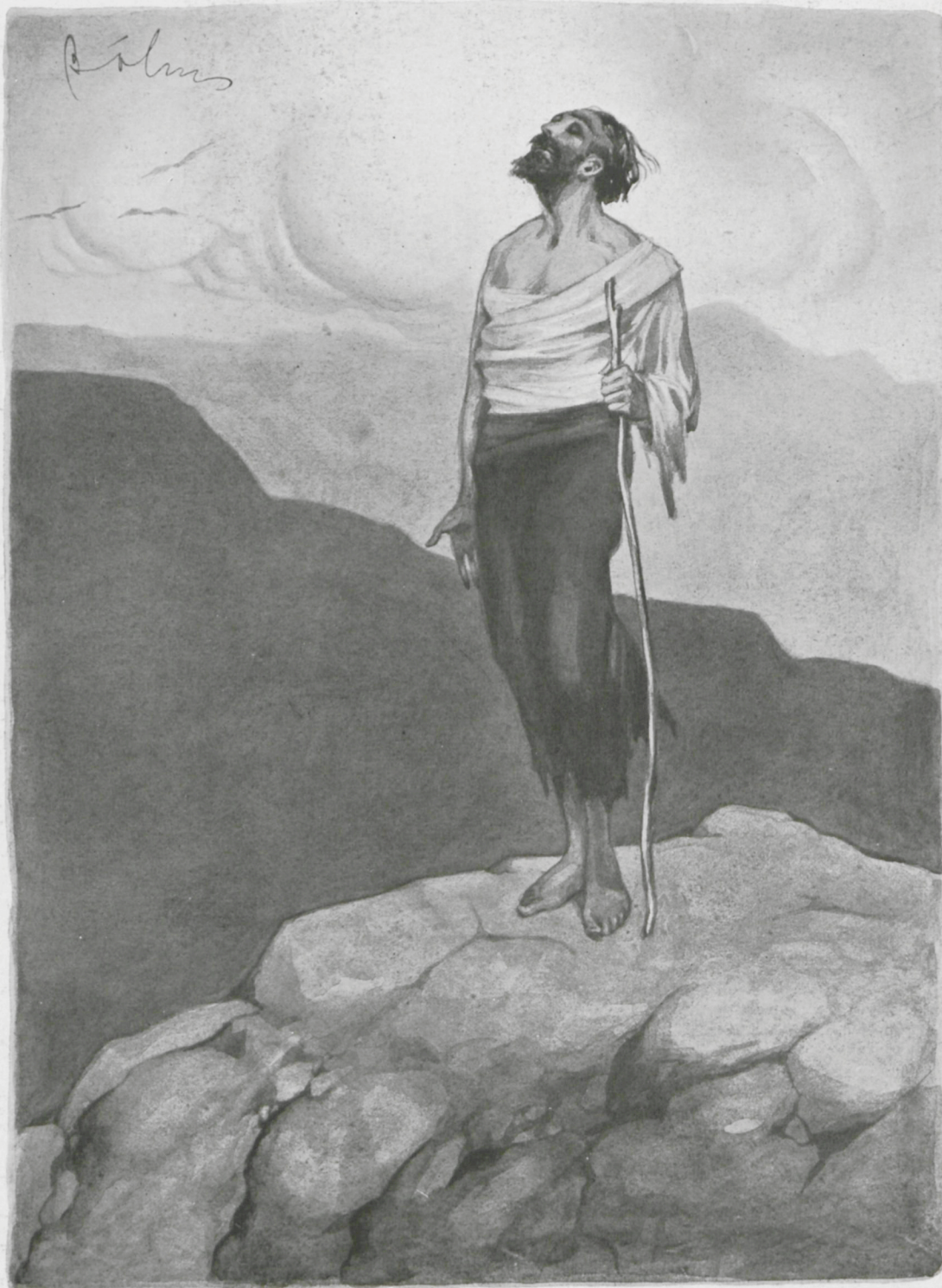


El hombre que detestaba a sus semejantes

TEXTO Y
DIBUJO

DE

GUILLERMO
CARLO
BOLIN



El hombre que detestaba a sus semejantes vivía en las montañas completamente solo. Era feliz. Muchos años atrás, había salido de la ciudad, huyendo desesperado de la estupidez inaudita de los hombres. Ansioso de soledad absoluta, caminó infatigablemente durante muchos días y muchas noches, y atravesó ríos, y subió cerros y montañas hasta dar con aquel lugar oculto y lejano adonde no llegaba nunca el eco abominable de la civilización. Su espíritu atormentado encontró en la contemplación de la naturaleza el más puro de los goces. Y su vida se deslizó desde entonces con la augusta serenidad del vuelo de las águilas...

Pero un día, el hombre que detestaba a sus semejantes, sintió deseos de visitar la ciudad, de ver a los hombres. Tal vez — pensó — se hayan modificado; tal vez pueda vivir con ellos. Y entonces bajó de las montañas, y caminó muchos días y muchas noches, y llegó a la llanura y entró en la ciudad, y vio que los hombres eran tan detestables como siempre y sus costumbres las mismas.

Desilusionado, había emprendido ya el viaje de regreso, cuando un anciano se acercó a él y lo detuvo. Y el anciano le dijo: Hombre, ¿por qué no te quedas con nosotros? Me apena que vivas tan lejos de las gentes. Yo he conocido a tus padres y te he conocido a ti cuando aun eras joven y vivías en el pue-

blo. Los hombres te quieren. Ellos son buenos. Quédate. Aquí podrás hacer una vida tranquila. Encontrarás reposo para tu cuerpo y recreo para tu espíritu. Nuestros teatros te proporcionarán espectáculos hermosos. Nuestras mujeres te brindarán sus encantos incomparables. La ciudad, con todos sus atractivos y actividades, te transformará por completo, haciendo de ti un hombre amante de la vida... Sí, en verdad te digo que me da pena que vivas tan solo. Hombre, ¿por qué no te quedas con nosotros?

Y el hombre dijo:
No me quedo con vosotros porque os detesto. Vuestras costumbres me repugnan. Vuestra vanidad es insoportable... Déjame. Dices que vivo muy solo en los montes: es verdad, pero más solo me encuentro entre vosotros. Me dices que amaré la vida, ignorando que por amarla inmensamente y por quererla pura y bella me he retirado a un lugar agreste y oculto. Me ofreces ropas y no las necesito, pues estos andrajos me bastan. Tengo alimento en abundancia y nadie me disputa su posesión. En ninguna parte puedo estar más tranquilo que en mis montañas. En ninguna parte hallaré deleites más grandes para mi espíritu. De las mujeres, no me hables: todas son iguales: frívolas, vanidosas, incapaces de pensar. La escasa mentalidad que poseen les impide ocuparse de

otra cosa que de adornar su cuerpo. Son peligrosas. Ellas se interponen siempre en nuestro camino y nos ilusionan y nos pierden... En cuanto a los espectáculos, ¡oh anciano ingenuo! ¿Cómo os atrevéis a hablar de espectáculos, vosotros que no habéis mirado nunca las estrellas? ¡Espectáculo! El único que me podríais ofrecer sería el de la muchedumbre en su lucha sordida y desesperada por el dinero. Déjame, anciano, déjame. Agradezco tu buena voluntad; pero déjame solo. Nada necesitan los hombres de mí. Nada necesito yo de ellos...

Y después que así hubo hablado, el hombre siguió su camino ante la mirada de asombro del viejo, que lo vio alejarse poco a poco hasta perderse de vista en la bruma de la tarde. Y continuó caminando.

Pasaron muchos días y muchas noches, y por fin llegó. Vió de nuevo su choza, que parecía esperarlo, y vió los picachos helados de los montes. Vió las piedras y las plantas, y las águilas que pasaban volando sobre su cabeza. Vió las nubes que se desgarraban lentamente en las cumbres altísimas, y otra vez fué feliz porque estaba solo, completamente solo, y entonces miró al cielo y una alegría inmensa le llenó el corazón...

Pasaron muchos años. La cabeza del misántropo se había cubierto de canas. Sus es-

paldas estaban encorvadas, su rostro surcado de arrugas. Y durante todo ese tiempo no vió nunca la figura de un hombre ni recibió noticia alguna de la vida de la ciudad.

Fero una tarde el hombre que detestaba a sus semejantes sintió deseos de ver a los hombres por última vez. Y entonces volvió a bajar las montañas y como sus piernas habían perdido la fortaleza primitiva, el viaje resultó muy largo y muy penoso, y después de mucho tiempo llegó al llano y vió con sorpresa que la ciudad no existía ya. Creyó que había perdido el rumbo, pero unos extraños montículos de tierra, como pequeños cerros, le llamaron la atención.

Dirigióse a ellos y pudo ver que eran escombros casi cubiertos de tierra y sobre los cuales crecía el musgo, y comprendió asombrado que un cataclismo enorme había sepultado la ciudad...

La magnitud del descubrimiento lo dejó anonadado. Su rostro se puso pálido. Miró hacia todos lados como buscando algo... ¡Escombros, ruinas; ya no había hombres! Y entonces se sintió solo, completamente solo... como en las montañas, y un frío inmenso le llenó el corazón...

El sol se ocultaba lentamente tras la faja violeta de los montes. Y esa tarde, el hombre que detestaba a sus semejantes, murió de miedo...



I

Laura Dambré pintaba. A los veintiséis años era aquella su única pasión, hija de un sentimiento innato, profundo y reavivado con tanto más vigor cuanto que los inconvenientes de la vida diaria le oponían serios obstáculos.

Pobre como era, ¿a qué perseverar?

Así opinaba a menudo don Perfecto, despachante de aduana e interesado en un gran comercio, el cual la pretendía. Entonces solamente dudaba la madre de Laura, doña Concepción, a quien de sus nueve hijos le quedaban a su lado la pintora y Jacinto, aprendiz grabador.

No siendo en el par de horas largas que duraba la irreprochable visita mensual de don Perfecto, muy otro era el sentir permanente de doña Concepción, sobre todo desde que Laura consiguiera atender la clase de dibujo de una escuela nocturna.

Pagar la pieza, comer todos los días y vestir modestamente, se hacían ahora posibles. ¿Por qué molestar entonces a la sola hija que consolaba sus años, agobiadores ya?

La pieza tenía una ventana que daba a un barracón. El caballete no se movía del lindo golpe de luz que entraba por ella, ni Laura de junto al caballete. Corrientes de aire en invierno, excesivo calor en verano, no la perturbaban mayormente. Sus inquietudes eran otras: el encarecimiento del color, cada pomo del cual casi le llevaba los ahorros de un mes; la carencia del dinero para alquilar local donde exponer sus obras que ahí permanecían arrinconadas unas sobre otras; el terror de ser rechazada otra vez del Salón...

Protección no esperaba de nadie. De sus hermanos y hermanas distantes, sólo Rafael se hallaría en condiciones; pero su mujer, tacaña, estaba alerta y lo impedía.

¡La mujer de Rafael! Laura no la pasaba ni con colador, según decía. Se le plantificaba frente al caballete y permanecía horas enteras tiesa, muda y seca como una estaca.

— ¡Ah, sí? — respondía tan sólo a las esperanzas que le expresaba la madre y que ella sabía eran las de la hija.

Aquel «ah, sí?» equivalía a «¡qué rara chifladura! ¡vean las pretensiones!»

En cuanto a las discípulas de la Academia, si alguna adinerada pudo exponer, dar motivo a la crítica y llegar al Salón, esa no estaba muy convencida de que fuera humano hacer que lograra otro tanto una compañera como Laura, que pintaba cosas vulgares.

Esta última opinión era la de todas. Pero ninguna dejaba de ir a ver cómo iban esas «cosas vulgares».

E iban bien: no pasaba semana sin que un nuevo cuadro fuese concluido. Y sin enjugar los pinceles, Laura comenzaba otro.

A discípulas y condiscípulos, más que las bellas realidades que surgían de aquellas telas les fastidiaba la infatigable creación en que se engolfaba su autora. ¿Cuántos cuadros eran? A veces hacían el recuento. El chinito que monta en petizo blanco; el ver-

dulero que ve tumbado el carro de su mercadería; el viejo negro con su largo tambor listado de azul; la muchacha en pleno sol junto a su tacho suspendiendo el lavado para ver cómo el gato atisba a los gorriónes sobre la tapia... Y la enumeración no concluía, porque alguien apuntaba el consabido

— ¡Sí, pero con esos temas!...

Esos temas eran los del patio de la casa de Laura, los del barrio popular en que vivía, los del barracón hacia donde se quedaba mirando, en la hora cruenta del desaliento, cuando paleta y pincel se abatían y dos lágrimas ardientes como su fe, amargas como su infortunio rodaban lentísimas de sus inteligentes ojos claros.

Los desánimos, tan negros y hondos como breves, eran los solos descansos de Laura. Salía de ellos más trabajadora, como si los hubiera.

A veces pasaba por su mente la esperanza un tanto repugnante de que don Perfecto le alquilaría un salón. Ignoraba que lo había pensado y casi decidido el año anterior, cuando ella se le ocurrió tener de modelo durante diez días seguidos a Daniel.

Daniel, ese pelafustán, al pensar de don Perfecto, Daniel, el poeta, al sentir de Laura y doña Concepción.

Daniel Liraico, el disparatador profuso, opinarían los que sigan mi relato y recuerden su firma al pie de versos llenos de parques de raso, princesas de niebla, cisnes de suspiro y lunas como de vaho de alcanfor.

Y sin embargo ese «loco» era un amigo consecuente de la pintora. Ciertamente es que a la Comisión de Bellas Artes le bastó ver su retrato para rechazar a Laura del Salón; no menos cierto que el haberlo hecho le costó a la misma el que don Perfecto no la favoreciera... De ambas cosas abrigaba la sospecha. Pero no dejaba de confiar en el sincero entusiasmo que Daniel tenía por sus cuadros, presintiendo que habría de serle beneficioso.

Y es que ya lo había sido. Las primeras noticias que de sus obras recibió el público fueron dadas por Daniel en las revistas donde escribía, y el buen muchacho multiplicaba ahora sus diligencias para que las nuevas pinturas no fueran rechazadas del Salón. Había visto en persona, uno por uno, a los miembros de la Comisión, quienes reconocieron en él al joven Liraico retratado antes, el del pintoresco vestir anacrónico: chambergo mosquetero, melena romana, capa española...

El caso es que el estrafulario mozo argumentaba persuasivamente al mostrar el par de cuadros pequeños que llevaba escondidos bajo la capa. Y no era motivo de poca sorpresa para los caballeros de la Comisión el comprobar cómo aquel joven que vivía tan fuera de lo circundante podía aducir razones hábiles en defensa de obras como las de Laura Dambré, a las que fuera torpe negar su mucha realidad.

— ¡Milagros del amor! — pensaban, creyendo acertar.

Y se sentían por fin bien dispuestos hacia el quijotesco paladín de aquella Dulcinea

pintora, por cuya persona comenzaba a picarles la curiosidad.

II

Desde que el Salón abrió y supe que Laura Dambré había sido admitida, sustenté el propósito de visitarlo. Las noticias de Daniel Liraico primeramente, mi aprecio directo de sus obras luego, me inspiraron verdadero interés por la artista y su trabajo.

— ¿A que todavía no fué? — díjome el poeta por todo saludo entrando un mes más tarde a la redacción de mi diario.

— ¡Caramba! en verdad, y lo siento!

Y a mi aflicción replicó, echando atrás gallardamente su capa y sacando su cartera:

— Es que no leyó los juicios. ¡Qué periodistas estos! Entérese. De *La Nación*, de *La Prensa*, de *La Razón*...

Y me alargaba los recortes que yo recorría buscando el nombre de la Dambré.

Los diarios, las revistas coincidían en reconocer que «La Viejecita» de Laura Dambré era entre otras pocas una obra que halagaba las buenas miras del arte argentino. Nada de artificiosos accesorios en ella, nada de

fondos combinados. Distante se hallaba «La Viejecita» de todo cuanto fuera asunto falso, urdido en el estudio al recuerdo de productos de extrañas escuelas, que era lo que predominaba en el Salón.

— ¡Bravo! — exclamé, indicando asiento en una mesa a Liraico para que se despachara a su gusto en la aclamación de su dama. El hombre escribió un brillante artículo que publiqué. Con eso me desquitaba en algo del disgusto que sentía al no poder concurrir al Salón.

Florida abajo, Florida arriba, Liraico paseaba radiante su mosqueteril figura una tarde tras otra.

Pero ¿cuántos días duró su andar como en el aire y la luz?

Muy pocos: porque de pronto su gozosa curiosidad se trocó en furioso paso de carga con el que entró a verme.

— ¡Qué vergüenza para el arte, amigo mío! — exclamó con una indignación que no le conocía.

Y comenzó a referir a gritos, mostrándome un breve impreso, cómo el jurado se había expedido sin mencionar siquiera a Laura Dambré.

— ¡Vea! primer premio...

Y con su cara de angel descompuesta y su índice nervioso me invitaba a leer.

Yo tuve que llevarlo a otra sala. Los redactores se hallaban en plena labor. No era bien que compartieran por el momento aquella desgracia.

En otro nuevo artículo Liraico puso por los suelos a los miembros del jurado rompiendo briosamente un centenar de lanzas. Di a publicidad sus rayos y centellas, pero esta vez no me resarcí con eso. Mi disgusto se trocó en remordimiento. Parecíame que el no haber hecho algo yo mismo en favor de la Dambré fuera la causa de que no le premiaran su obra.

Pero ¿había visto yo «La Viejecita» acaso? ¿Sería verdaderamente una obra notable como se pretendía?

Esa tarde me desprendí como pude de mis obligaciones, y quise ver, quise saber.

Nunca olvidaré el fastidio, la grima que me produjo mi paseo por las secciones del Salón. ¡Cuánta pintura zurdamente recordadora de cosas hechas, de extravagancias ajenas! ¡Cuánta sensualidad! ¡el color por el color mismo! ¡Desaparecería para siempre del arte pictórico el alma humana!

El público asistente era numeroso. Sin llegar al tono furibundo de Liraico, los periódicos creyeron justo protestar y recordar «La Viejecita», indebidamente olvidada. Ese tole-tole había motivado un nuevo interés por el Salón.

Ya desesperaba de no dar con mi cuadro cuando un grupo de contempladores me lo indicó. Me acerqué y vi, y quedé maravillado. En la tela sin marco, fuera de la tela mejor dicho, tal era su relieve, veía a la madre de Laura, a doña Concepción, sentada, como diciendo: «¡píntame, hija mía; aquí estoy tal como soy». Los claros ojos algo más grandes, menos inteligentes pero más sentimentales que los de su hija, esparcían

la plácida luz de su mirada, la misma luz interior que parecía iluminar el rugoso rostro donde todo era energía y bondad.

El asunto de la viejecita era pues la misma madre de Laura.

— ¡Está hablando! — dijo alguien tras de mí.

Volvíme. Deseaba no conocer a quien así exclamaba, pues sentía mis ojos excesivamente humedecidos por la emoción. Pero recordé: era una escritora que me presentaban en casa de la Dambré.

— ¡Sí, señorita. Esto es un portento de sencillez y de intensa verdad.

— ¿Sabe qué dice hoy *La Palestra*? — agregó. — Que solamente el gran retratista inglés que ha querido exhibir una obra aquí mismo como para enseñarnos a pintar, ese famoso pincel de un vigor extraordinario...

— ¡Sí, — le interrumpí, — el que se cotiza a 20.000 pesos por retrato...

— Ese mismo... Que solamente él aventaja a Laura este año.

— Lo creo.

E iba a volverme hacia «La Viejecita», hacia el cuadro del día, cuando un suceso increíble, un acontecimiento de todo punto inesperado para mí, tuvome un rato sin moverme, en muda consideración.

La misma doña Concepción auténtica acababa de franquear la entrada del Salón. La viejecita en persona, sola, con su traje de ir a hacer las compras, como estaba en la tela, después de dar dos pasos inciertos, levantaba su cabeza entrecana para mirar con bobo estupor los muros llenos de cuadros ricamente enmarcados y las gentes que los contemplaban. Dedujo su retrato detrás de nuestro grupo. Reaccionó en seguida, porque lo que traía era enojo y habría de expresarlo.

Comenzó a murmurar.

Yo me acerqué a ella, temeroso, conmovido, adivinando un drama en su alma materna de ancianita ejemplar.

— ¡Doña Concepción! Qué placer el verla... — iba a continuar diciéndole.

— ¡Ah, señor! — exclamó en voz alta, rompiendo el silencio habitual del Salón. — ¡No lo han de tener más esos señores! ¡No lo verán más! ¡Vengo a retirarlo! — proclamaba refiriéndose a los miembros del jurado y al cuadro.

Sentí el grito de sorpresa de la escritora viniendo hacia doña Concepción. También comprendía aquello. Las gentes se volvían a la anciana y reconocían a la viejecita del retrato; sólo que en vez de plácida estaba irredimida, movía terca la cabeza, levantaba desconsoladamente los brazos sarmentosos.

— ¡No señor, no señor; me lo han de devolver hoy mismo! ¿No es mío acaso? ¡Hoy mismo, esos señores! — repetía con un retintín de censura gracioso aún para mí que estaba colmado de profundo pesar.

Atiné a recordar que el secretario de la Comisión era amigo mío; pensé que llevándola hasta él al través de las salas deslumbrantes de lujo artístico se calmaría, impresionada en su sencillez.

Le ofrecí el brazo. La anciana temblaba mucho.

— Vamos a ver a esos señores, doña Concepción.

Pero ella no amainaba así como así. Era evidente que ese loco de Daniel Liraico le había comunicado su batallosa indignación.

La escritora se quedó explicando aquel acto ingenuo y magnífico. En medio del público cada vez más numeroso, su explicación se multiplicó en comentarios esparcidos luego en los círculos de arte y repetidos por algunos diarios.

Y aquella admirable anciana, si bien no consiguió retirar su retrato cuando quería, hizo más: ganó la batalla trabada entre su hija y la fama, que era lo esencial.

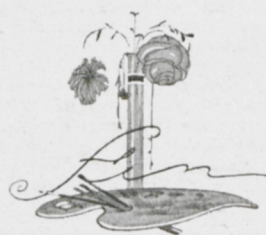
Hoy, al mes apenas de cerrado el Salón, Laura Dambré tiene su estudio amplio, rodeado de ventanitas y cortinas. Lo guarda a la entrada, como angel custodio, «La Viejecita», desde un suntuoso marco, y la otra, ¡a viva, andando por toda la casa.

Ha operado esa transformación el resultado de ocho retratos de encargo, los más hechos por recomendación del gran pintor a que aludía *La Palestra*.

Este invierno exhibirá Laura todas sus obras, y entonces hablaremos.

EDMUNDO MONTAGNE.

DIBUJO DE M. PETRONE





SALTA.
A ORILLAS DEL RÍO
ARIAS.

E

N el puente de madera tendido sobre el río Arias, asaltóme un recuerdo que es como un puentecillo que une las dos orillas de dos vagos existires míos. «Hace mucho — pensé — yo vi estas márgenes y este puente. Acá me sucedió algo. Puente de madera, provisional y durable, ¿eres un recuerdo-fantasma que en esta vida difusa de ahora me traes la reminiscencia de otra vida anterior?»

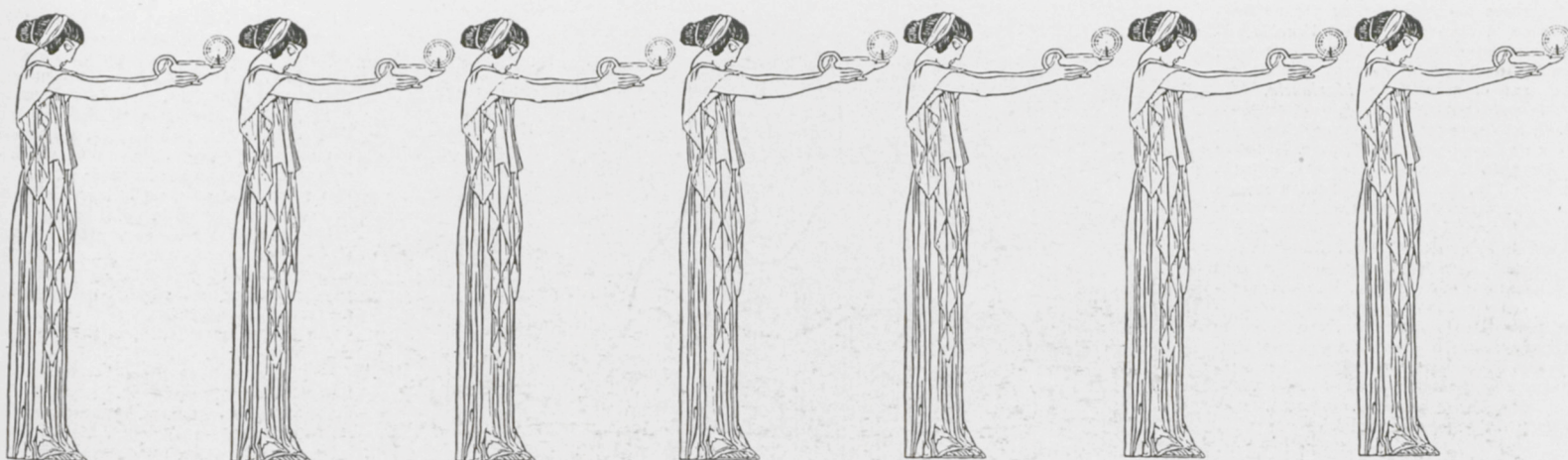
Junto a la fe o a la esperanza de una trans migración, alienta esta memoria tenue del pasado. Es como la sombra que en el mármol de un altar arroja el humo de incienso; sombra de un perfume que aromatiza nuestra pavora.

¿Será la muerte tan sólo una amnesia, curable en el infinito? ¿Recobremos la memoria allá, donde el espíritu quede libre de los nervios y del corazón?

No sé; mas esa reminiscencia grata y dolorosa viene a parecerse al esfuerzo que hacemos para rememorar un nombre olvidado.

El vicio humano del olvido, espectro de ese gran olvido misterioso, no borrará la sensación que experimenté junto al rústico puente cuando quise recordar cosas que yo no he visto con estos ojos, sino con aquellos que ya se comió la tierra.





PAGINAS FEMENINAS.

«El mundo fué hecho para los hombres, y no para las mujeres...»

«Phrases et Philosophies»
OSCAR WILDE.

El transcurrir de los años, nivelador de tantas injusticias seculares, la sublime abnegación de la mujer moderna, que exaltó sus deberes hasta el sacrificio, ha borrado para siempre, la amarga, irónica sentencia...

El problema mundial — los derechos de la mujer — hallará en breve la solución reclamada, no sólo por nosotras mismas, amigas mías, sino por muchos hombres ilustres, que afirman hoy que «de las mujeres es el porvenir...»

El lema nos apasiona, ¿a qué negarlo? Pasaron ya los tiempos aquellos en que el iniciarlo, solamente, y en reducido grupo, provocaba protestas, sarcasmos o irónicas sonrisas: la idea se hace carne en nosotras mismas, en las que fuimos hasta ayer tan indolentes, tan apáticas... la chispa intermitente se fija y se transforma poco a poco en luz perenne que ilumina mil repliegues de la mente femenina. Por mi parte, he llegado a comprender que el voto no significa un derecho; que constituye un deber, y por consiguiente, todo ser humano, sin excepción, debe prepararse para saberlo cumplir...

Por eso deseo convencer a ustedes, amigas mías, que debemos abrir los ojos y el espíritu de par en par, y ya que a todos conviene, hacednos feministas de buena ley, dejando de lado prejuicios y convencionalismos anticuados; pero no basta muchas veces, por desdicha, la mejor y más sana intención... y como no me hallo capaz de exponer a ustedes una síntesis clara, de cómo debe interpretarse la palabra que ha sido durante largos años fantasma ridículo en nuestro ambiente, recurro a uno de los maestros en la materia: (1) *duende* pues, y no por vez primera, en huerto ajeno...

«El feminismo quiere sencillamente que las mujeres alcancen la plenitud de su vida, es decir, que tengan los mismos derechos y los mismos deberes que los hombres, que gobiernen el mundo a medias con ellos, ya que a medias le pueblan, y que, en perfecta colaboración procuren su felicidad propia y mutua, y el perfeccionamiento de la especie humana. Pretende que lleven ellas y ellos una vida serena, fundada en la mutua tolerancia que cabe entre iguales, no en la rencorosa y degradante sumisión del que es menos, opuesta a la egoísta tiranía del que cree ser más.»

Para alcanzar este ideal, necesita la mujer una educación superior, ¿qué duda cabe, y también, que pueda opinar ante su marido, con sinceridad y firmeza de igual, como la

verdadera compañera y colaboradora de toda una vida; tiempo es ya que la mujer intervenga en los destinos de su país; que su opinión tenga autoridad para colaborar en la formación de sus leyes... Reconozco, en justicia, que abundan mujeres torpes, ineptas, sin tino ni discreción, incapaces de tener una idea propia, y como si esto no bastara, petulantitas, vanidosas, egoístas... pero, ¿se carece acaso de análogos ejemplares entre los que se han reservado el exclusivo privilegio de regir la sociedad? Sin embargo, hay entre ellos espíritus generosos que creen que la intervención de la mujer, poniendo más equidad en la ley, hará ganar mayor conciencia en la vida total.

Muchos de los muchos, sin embargo, han de hacer suya una vieja máxima alemana, que afirmaba que la biblioteca más adecuada para toda mujer era su armario, y que a las niñas debía encerrárselas entre los cuatro evangelios, o entre las cuatro paredes de su habitación... Siempre ha de haber cabeceitas huecas, ignorantes en absoluto, de toda responsabilidad, porque entregarán la educación de sus hijos en manos mercenarias, *fräuleins* o *nurses*, a las que no se puede exigir que forjen con amor y previsión de madre, esas almitas que adolecen de pequeños defectos, que pueden convertirse luego en dolorosas inclinaciones... esas mismas cabeceitas huecas, por más que frecuenten el templo, no conocen siquiera el consuelo ni la enseñanza de la plegaria, puesto que desgranar displicentemente las cuentas del primoroso rosario; tal vez lleguen a fijar su atención mientras dicen «Padre nuestro...», pero siguen luego murmurando maquinalmente la divina invocación, mientras analizan prolijamente el sombrero o el abrigo de la devota arrodillada a su lado; esas mismas personitas no han franqueado jamás el dintel de la cocina de su casa, y pagan sin pestañear las exorbitantes cuentas del *maitre d'hôtel* o del *chef*, porque no tienen ni siquiera una idea aproximada del costo de las provisiones; con sólo lo que se derrocha en su casa, podrían vivir dos familias holgadamente...

Y esas atolondradas votarán también, a tontas y a locas, por *snobismo*, y muchas veces por no perder la oportunidad de ejercer su espíritu de contradicción: no han de favorecer al candidato de su marido...

Pero ellas son, felizmente, la excepción en nuestro ambiente; en todos los planos sociales, desde los hogares de tradición y abuelo, hasta los más modestos, se abre camino en el espíritu femenino ese anhelo de progreso moral, que nos enseña a no encerrarnos en estéril egoísmo; y ese anhelo ferviente, perseverante, nos llena de luz el alma... La responsabilidad de nuestro propio destino ha de hacernos más ecuanimes, más serenas. Toda mujer bien intencionada, des-

de la más preparada hasta la más ignorante, puede cooperar con los medios a su alcance, en cualquiera iniciativa que tienda al mejoramiento general; en cualquiera obra que prometa una humanidad más dichosa, más sana, más virtuosa...

Y para ello, ha de guiarse ese feminismo que ha sido durante largos años ridículo fantasma para el ambiente porteño; cabe recordar aquí la desalentadora sentencia de un eminente compatriota, que dice así: «Aplaudo el feminismo, en cuanto tiende a elevar el espíritu de la mujer, dotándolo de alas; lo repudio, en cuanto propende a darle garras.» (1)

Cuántas veces se sacrifica una idea en aras de una bonita figura literaria... Y es que en nuestro ambiente se teme aún y se satiriza cruelmente, a la feminista militante, que pretenda ocupar una banca en el Congreso, mientras la opinión asegure que la reclaman imperiosamente los deberes del hogar; pero señores, si este problema no es cuestión de sexo, sino de circunstancias! Bien sabemos las mujeres que ni corresponde la actuación militante a las que están viviendo esa primera etapa de la vida, dedicados todos sus afectos y cualidades a formar la familia, manteniendo ese fuego sagrado que ilumina y caldea el hogar modelo; en medio de la opulencia o en modestísima situación, la mujer argentina vivirá antes que nada para los suyos, pero... ¿y la que carezca de esos afectos íntimos? ¿La que perdió el compañero de su vida, la que formó ya sus hijos, orientando su porvenir, y conserva vibrantes todas sus energías, la que habiendo ampliado sus conocimientos puede emplearlos en provecho ajeno? Esa, como tantas otras, a las que obligó su destino a vivir aisladas, deben preocuparse en favorecer a las desheredadas de la suerte, intercediendo para que su trabajo, ya sea intelectual o manual, se vea remunerado a la par del hombre; dictando leyes que protejan la maternidad; interviniendo como miembro directivo, en los Consejos de Educación, siendo en ellos garantía de moralidad y respeto... Hemos de tener presente que para bochorno nuestro, no existe tampoco en la Argentina el *Jurado Femenino*, ese tribunal especial para juzgar a menores delincuentes.

Es necesario comprender que no puede ser el único objeto de nuestra existencia, la *vida sentimental*... si hemos de tratar de *vivir nuestra vida* — y séame perdonada la frase predilecta de ciertas egoístas — lo mejor posible, debemos procurar llevar a cabo la mayor suma de bien posible, y sobre todo, ser útiles a la humanidad; «la mujer que a los cuarenta años no ha substituído con una actividad desinteresada, y en cierto modo social, las actividades personales de esposa

y de madre, que le llevaron la juventud, será un ser desdichado, que se atormenta a sí misma y desespera a los demás...» (1)

Las alas de que la dotó el feminismo, al elevar su espíritu, han de sostenerla entonces; porque las garras, que tanto repudia el distinguido compatriota que firmó nuestra sentencia, crecen sólo en medio de la ociosidad, las afila el tedio, la vanidad, el egoísmo.

El abnegado, perseverante ejercicio de la beneficencia, ha acaparado, durante largos años, todas nuestras actividades, porque la mujer argentina es eminentemente caritativa; pero justamente las más activas, las más ampliamente generosas; aquellas que, como la heroína de Caldés, «han bajado a los infiernos», palpando la verdadera miseria y todo el horror de la injusticia social, ven claramente hoy, que no basta el socorro oportuno, por más que éste se multiplique; comprenden que es menester votar leyes que amparen a la mujer y al niño, para que no sean explotados por la rapacidad implacable de los egoístas; a las mujeres corresponde ahora — y no lo he inventado yo, amigas mías — tener «el patriotismo y el valor de intentar lo que los hombres no han sabido hacer...» y por eso deberán influir con ánimo ecuanime y sereno para mejorar su propio destino: «somos la mayoría dentro de la humanidad... Bien lo saben los hombres, y muchos han de temer ciertas represalias. En caso de votar nosotras, no se volvería ni a mentar siquiera aquella tan famosa «Ley del Embudo»...

Pero, tal vez se les ocurra a ustedes observarme: «Esas son sus teorías, Duende amiga, y si no faltan en nuestra sociedad elementos liberales, predomina siempre entre nosotras, las mismas interesadas, la opinión conservadora, con todos sus prejuicios...»

También lo creía yo, lectoras mías, y sin embargo, he comprobado, gratamente sorprendida, que vibra latente, en los más distantes círculos de nuestra sociedad, el anhelo de que sea solucionado cuanto antes, en la Argentina, el problema mundial: el sufragio de la mujer...

En toda agrupación femenina, aun en las que han sido clasificadas hasta hoy como fieles mantenedoras de ideas conservadoras, y donde se escucha también la autorizada opinión de las matronas que supieron ser dignas colaboradoras de la obra de los hombres de estado más eminentes del país; entre las figuras más respetables y representativas de la sociedad porteña, han de recoger ustedes la misma unánime opinión:

«Debemos ser electoras; esperamos ser elegidas...»

LA DAMA DUENDE.

(1) G. Martínez Sierra.

(1) Dharma: Dr. J. C.

(1) G. Martínez Sierra.



Honramos nuestras páginas con un fragmento de la primorosa novela *Vencida* publicada recientemente en Lima. Su autora, la señorita Angélica Palma, que se esconda tras el seudónimo *Marianela*, hija del laureado poeta peruano, don Ricardo Palma, ha demostrado ser una escritora galana y profunda al mismo tiempo. El fondo de la novela a que nos referimos, entraña una situación, por la que tenemos mucho que luchar aun las mujeres sudamericanas, venciendo prejuicios, que el tiempo se encargará de hacer desaparecer, a medida que vayamos ganando terreno en las actividades de la lucha por la existencia. La mujer agrega méritos y encantos a su persona, valiéndose de su talento y su saber, para bastarse a sí misma; sin que esta situación pueda influir para hacer desmerecer el idealismo espiritual que representa el problema del amor. La mujer debe ser, como dijo el poeta, *sentimiento y luz con pensamiento*.

PARA FLORENCIA:

Lima, 10 de noviembre de 1913.

«Para Florencia», así me decía nuestra pobrecita Nelly cuando yo, temerosa de que se fatigase, le preguntaba:

—¿Qué tanto escribes, niña?

—Es para Florencia, —me contestaba con su pálida sonrisa de los últimos tiempos. —Para Florencia o para el fuego; pero si alguien llega a leerlas, sólo debe ser ella.

Cumpliendo su deseo, te envío hoy, por seguro conducto, los papeles que te destinaba. He agregado a ellos el que te escribía cuando un golpe de tos, seguido de una incontenible hemorragia (¡cuánta sangre, Dios mío, en ese infeliz cuerpo!), la dejó sin vida entre mis brazos. Solas estábamos las dos en la tristeza de un pobre lugarejo de la sierra, y de tal modo me habían apegado a ella el aislamiento y la pena, que creí que era una hija la que se me moría.

No tengo ánimos para trasladar tantas amarguras a esta carta. Si algún día regresas, ¡cómo me consolará hablar contigo, que tanto la quisiste, de ella, que tanto te quisó! Enseña a tus hijos a recordarla en sus oraciones inocentes y tú no olvides a tu vieja amiga,

Grimanesa García de Paredes.

29 de junio. — Cuando te conté, Florencia mía, la traición de Javier, mi acerbo desencanto y la carta brevísima en que, sin un reproche, le devolvía su libertad, exigiéndole, en cambio, sólo olvido y paz, te aseguraba que esa larguísima epístola era, a la vez, resumen y punto final de mi triste novela amorosa, y que no volvería a ocuparme de ella. Sin embargo, como sólo contigo puedo hablar con entero abandono y tengo tanta, tanta necesidad de expansión, quebranto hoy ese propósito, pero sólo a medias, para satisfacer en algo a mi orgullo, a ese orgullo que tanto me enrostran ahora y que me hizo prometerme y prometerme silencio, prescindencia, cuando, por mucho que me avergüence el confesarlo, no pude callar ni prescindir. El medio que he hallado para transigir con las dos fuerzas opuestas que en mi batallan, el amor y el orgullo, es pueril, muy pueril, y, quizás por eso, consolador.



Te escribo, pero no te envío las cartas aún; quizás no te las mande nunca; quizás algún día las leeremos juntas y lloraremos sobre ellas... o nos reiremos, según la mueca que la vida haya dejado en nuestros labios cansados, sea de tristeza o de burla. ¡Quién sabe! He sufrido un trastorno tan grande en mi vida, en mis creencias, en mis sentimientos, en todo mi ser, que ya nada me parece imposible ni inaudito. Vendrían a contarme el hecho más ilógico y absurdo, y lo creería; me referirían el hecho más sencillo y natural y lo pondría en duda. Nada es como era, como yo pensaba; todo está alterado e invertido; la existencia es un perpetuo engaño y un error continuo; no hay otra manera de pasarlo regularmente que la indiferencia absoluta; y aun así, ¡chi lo sal! Esta frase italiana me martillea continuamente el cerebro y su ambigüedad misteriosa es el fiel reflejo de mi espíritu. Las cosas vulgares y las elevadas, las materiales y las abstractas, me inspiran el mismo comentario; ¡chi lo sal! Por ahora sólo sé que me alivia y me complace escribir estas líneas incoherentes y confusas. ¡Llegarán a verlas tus ojos? ¡Chi lo sal!...

Entretanto, el mucho divagar me ha dado sueño. ¿Lo ves? Duermo, como, hablo, me visto, me peino, exactamente como antes, como si nada me hubiese sucedido. ¿Es que no estaba enamorada de Javier, ciega, locamente, concentrando en él mis ilusiones, mis anhelos, mi orgullo, mi alma entera? ¡Chi lo sal!... ¡Ay! ¡Yo sí lo sé!

Junio 30. — Es admirable la multiplicidad, la riqueza y la percepción exquisita de nuestras facultades para no perder uno solo de los leves matices, algunas de las infinitas gradaciones del sufrimiento. Cuando hemos recibido uno de esos duros golpes que aturden y anonadan, creemos, en nuestra sed de esperanza y consuelo, que esa misma rudeza nos insensibilizará para valorizaciones de

menor cuantía. ¡Ni siquiera eso! Abierta y sangrando la honda herida de la puñalada trapería, no nos pasa inadvertido el escozor de los arañazos. ¡Y cuántos de estos rasguños envenenados recibe tu pobre Nelly!

Compasiones humillantes, curiosidades indiscretas, consideraciones sobre la vanidad juvenil que cree no necesitar las lecciones de la experiencia, aspavientos sobre el tupido velo con que el amor y la inocencia ocultan lo que los ojos indiferentes ven con claridad meridiana, nada se me escatima; cada amiga, cada persona que se me acerca vierte su gotita de almiarada ponzoña en este cáliz siempre colmado.

Quizás soy injusta y exagerada al medir a todas con la misma vara; quizás en algunas la intención es buena y sincero el deseo de curar la llaga, pero carece de finura en el tacto y sólo logra enconarla, y obligada a fingir o a lastimar por el celo inoportuno de las más o la malévolta impertinencia de las otras, me voy volviendo falsa y agria.

Sin embargo, hoy he tenido un momento de alivio y de franqueza. Vino a verme Elvira Garcés, que desde antes de llegar a Lima, sabía ya la historia con todos los detalles ciertos y falsos que corren en boca de la gente. Estaba yo sola cuando ella entró; yo, te lo confieso, mi primera impresión fué de disgusto al pensar que debía representar una nueva escena de la ingrata comedia; pero mis ojos secos y hostiles vieron brillar en los suyos tan sinceras lágrimas, que, sorprendida y emocionada por tan rica y generosa sensibilidad, dejé a mi orgullosa reserva deshacerse en llanto refrigerador. Después hablamos, hablamos mucho. Nuestra conversación me causó nueva sorpresa. Elvira no condena inapelablemente a Javier.

Julio 4. — He pasado varios días sin tomar la pluma para hacerte mis tristes confidencias, porque me he sentido tan cansada,

Florencia mía, que aun de ese pequeño esfuerzo me he encontrado incapaz. No sabe Elvira el daño que inocentemente me hace. Ya estaba yo aprendiendo a vivir en un desierto moral, sin oasis, pero sin tempestades, y ella, con el cándido optimismo de quien desconoce el dolor, se empeña en mostrarme espejismos engañosos de felicidad. No comprende que no puedo tener fe, que aunque quisiera tenerla, no lo lograría, porque la fe no depende de la voluntad.

Hoy me llevó a su casa y entre Pepe y ella se propusieron convencerme, buscando atenuantes a la conducta de Javier, obligándome a leer unas cartas en que le entona a su amigo el *mea culpa*, y sacando a relucir, como último argumento, el regreso de mi rival a su tierra.

—¡Velas y buen viento! —fué mi respuesta. Acabaron por enojarse conmigo, por motejarme de rencorosa, de seca, de fría y no sé cuántas lindezas más. Yo les dejaba hablar sin ganas de defenderme, importándome poco que atribuyeran a orgullo lo que es sólo enervamiento e impotencia para expresar lo que pasa en mí. No son mi amor burlado y mi dignidad ofendida lo que me imponen esta conducta, no; el amor perdona siempre y la dignidad no se degrada por ello... No es tampoco que mi cariño haya desaparecido, como los fantasmas nocturnos cuando raya la aurora, ante la cruda luz del desengaño; eso está bueno para heroínas de novela; en la realidad se necesitan muchos años para poder borrar un amor verdadero, si es que se llega a borrarlo... Es que ya no puedo creer ni esperar en Javier, no puedo; ¿qué quieres que haga? Con la mejor voluntad, con el mayor esfuerzo humano, me sería imposible. Es algo más fuerte que yo y más fuerte que este amor no extinguido, tormento de mi vida; más fuerte que el amor, la desconfianza. Yo, con la falsía de Javier, he llegado a ver claro lo que siempre percibí vagamente, a través de mi afán de idealizarlo: su moral inconsciente, su vanidoso egoísmo, su falta de energía para resistir a la tentación o a la conveniencia. Es de esos hombres que de la infancia sólo pierden la ingenuidad y sencillez, pero que, por la inquietud del espíritu y la debilidad del carácter, son niños eternos, propensos a caer en falta con frecuencia, necesitados de perdón continuamente.

Dicen los que pretenden conocernos que los seres así son los predilectos de las mujeres, porque les dan ocasión de verter sobre ellos todos los tesoros de abnegación, benevolencia y consuelo de sus almas eminentemente maternales y de satisfacer su necesidad de sacrificio, pues está visto que para los hombres es una verdad inconcusa y muy cómoda eso de que las mujeres necesitamos sacrificarnos.

¡Ya se encargan ellos de complacerlos!

Julio 8. — Por sangrienta buria de la suerte, ahora que sólo anhelo tranquilidad, quietud, vivo en constante agitación. En primer lugar mis lecciones, mucho más numerosas de lo que yo quisiera, siendo tan modestas mis necesidades, cuando no estoy en ánimos de paseos ni adornos; más por lo mismo que no lo deseo me llueven disculpas. Las mamás dicen que aprovechan mucho conmigo. ¡Así pudiera yo aprovechar las duras lecciones de la vida!

MANON POR EMMA DAY~

AL DOCTOR OSCAR MONTES

Ante la reja que circunda el jardín, el profesor presenta, a sus alumnos, las pensionistas:

«Esa que ciñe parduzca túnica con rombos de oro y hace oír el roce de la cola, es Tais, víbora de cascabel, *crotalus terrificus*... como la cortesana de Alejandría y tantas otras...

«Esta pequeña, con malla roja, sangrienta, y anillos negros, que lleva fúnebre tiara sobre los diminutos ojos y se desliza bajo los arbustos, es Lady Macbeth; pertenece al género *elaps* y es larga su parentela entre las mujeres ambiciosas y las víboras de coral...

«Aquella, de pupilas elípticas, fascinadoras, cuyo traje obscuro arrastra corazones de baraja y alarga el cuello para observarnos, es Manon.

Laquesis alternatus para la ciencia es la yarára del indígena.

«Pérfida, ostenta en la cabeza una cruz, un ancla o una espuela... ¡Guay del incauto! ¡Cuántos Des Grieux que la esperanza envenenadora, sólo hallaron tras ella cruel martirio!

«Desconfiad de Manon, mata o... inmu-

niza» — agregó el anciano, y alejóse del serpentario hacia el Instituto cuya divisa es: *Cientiae humanitati et patriae*.

—*Laquesis*... — murmuró uno de los oyentes, evocando a la devanadora de los destinos, a la parca que desgarrara su alma juvenil, a la deidad que viera, en sueños, triste y pensativa como la del pincel de Buonarrotti...

¡Ah, cuán lejos está Manon de la insidiosa maraña de la selva tropical!

Nunca más acechará entre lianas la presa codiciada ni oír la música extraña de los hombres ni el misterioso susurro de los ubapoës, timboes y urundays.

Nunca más bajo los laureles verá gesticular al indio que la teme y venera, ni aspirará el perfume de inciensos y azahares...

En la celda sombría, insulso manjar

es la rata blanca o el cobayo, irritante olor el del antiséptico, infame ultraje la presión del lazo que la inmoviliza y deja impotente en la diestra del operador...

¡Ah, si lograra asir la mano audaz que debajo de los garfios ponzoñosos coloca un vidrio de reloj!

El cautiverio acrecienta su ira y Manon aguarda...

«Hoy le extraeré el veneno» — dice el jefe del laboratorio, mientras sujeta con dedos tenaces la cabeza triangular del ofidio.

Necesita pinzas y al indicar con inconsciente ademán dónde se hallan, extiende la izquierda... y brusco como resorte distendido, muerde el reptil la carne apetecida...

Presto arranca el médico la mano a la boca viperina, mas ya la rebelde inoculó tóxico fatal...

Al estupor del primer momento, sigue

la voz de alarma de colegas y discípulos...

Entra el maestro y palidece, la víctima sonríe y muestra el pulgar con los orificios que Manon dejara... «O mata o inmuniza, ¿verdad?»

El profesor no responde y sin vacilar prepara la inyección de suero antibatópico...

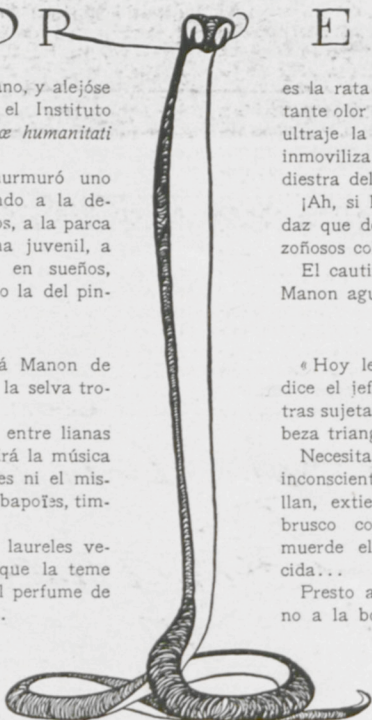
El edema cunde, el dolor se intensifica y las horas de angustia de aquella noche, ¡cuántos las recuerdan!

¿Arrebatará la ciencia esa existencia útil y abnegada a la insensible parca del destino?

Manon vive tranquila, nadie se arriesga a molestarla, pero el médico vuelve y los experimentos continúan.

El veneno es arma de dos filos, da la muerte o devuelve la vida. Nada detiene a la ciencia en sus investigaciones y quizá en día no lejano consiga preparar antitóxicos para muchos males, vicios, pasiones mórbidas, ambiciones locas...

La humanidad será más sana, equilibrada y perfecta; pero... ¿será igualmente interesante? ¿No extrañará a Manon, Tais y Macbeth?





Srta. *Cora Escalada*
Fraqueiro



DIBUJO DE LARCO.

LA S M I L N O C H E S Y U N A N O C H E

por MONTIEL BALLESTEROS

Tú eres la esencia, **Schahrazada**, de la encendida fantasía,
Tú renuevas las ilusiones cuando los sueños se nos van.
Y vas diciendo tus leyendas, maravillosas de poesía,
Filtros herméticos que alargan las viejas noches del **Sultán**.

Sobre el mullido lecho persa en que confúndense cojines
Sédeos, brocados, y se esponja, fíbio, con vida, el almohadón.
Cuando la tarde se ha dormido y ha volado de los muezines
Hasta las plantas de **Alah**, el grande, la paloma de la oración...

Tú te arrellanas, **Donniazada**, sonríe al amante fiero y cruel...
En el silencio vibra armónica la voz flexible y musical:
Oh, afortunado **Rey del Tiempo**!... Os narraré la historia fiel
De **Alí Babur**, joven cual luna, que en los amores no hubo igual...

Después desfilan cantadoras, músicas, **Gennis**, bailarinas...
Abú el poeta, hace un elogio al sabio **Goece** en su canción...
Por los desierto - fuego y oro - van caravanas peregrinas:
Hombres, camellos... silenciosos, como una trágica visión.

Por sobre el **Tigris**, en las noches mágicas fantasmagorías:
Las comitivas con hachones hacia un exótico jardín...
Esa lámpara de **Aladino**, pronta a todas las fantasías...
El caballo cual **Clavileño**, y el ritmo loco del festín!...

Surgen palacios a un conjuro, oh sueño ingenio y oriental!
Recita versos y leyendas el buen barbero charlatán,
Premian princesas misteriosas entrando al talamo nupcial
A algún romero miserable que come leyes del **Corán**.

Cruzan eslavos con ofrendas, bellor guerreros con escudos...
Y sobre un fondo de palmeras, hechas de bronce a luz de sol,
Pasa el cortejo de una reina que guardan cien negros desnudos,
El trono es de oro, brillan lanzas y tiembla azul el quitasol.

Las perfumadas islas raras que arrulla un bravo mar lejano,
Lo prodigioso de las grutas de puertas de ébano y marfil.
Los blancos hanman de alabastro, que cuida un sabio jeique anciano
Y un quintaesente amor que es carne y es alma lírica y sutil.

Las finas telas, los tejidos impalpables - cual la mirada
De la luna - para envolver una divina desnudez,
Las pedrerías igüescentes y las joyas, **Schahrazada**,
Con que el **Emir** de los **Creyentes** destumbra en magna esplendor!

Damasco, **El Cairo** y fabulosa **Bagdad**, la antiéua y sin igual...
El zoco, pleno de riquezas, donde discurre el mercader.
Oh, refinado encanto de **Asia**, triunfando en todo lo sensual
Con suavidades de caricia y leve aroma de mujer!

Te da el motivo la poesía, te da la música el amor,
Así encantas la serpiente de nuestros sueños que se van...
Mientras la muerte ronda tienes que distraer a tu señor
Y van rodando las caducas y largas noches del **Sultán**!

Nuestro cansancio, nuestro tedio, es la serpiente venenosa,
Y tú la aduermes **Schahrazada**, con tu fecundo imaginar,
Nos das tu vino y nos deshojas en sus rubies una rosa,
Llenas de azul este poema de nuestra vida tan vulgar!



Los niños también

tienen sus afecciones nerviosas; también con frecuencia sufren desgastes extraordinarios, que es necesario reponer rápidamente, para no exponerse a que crezcan raquíticos y enclenques.

Si su hijo está pálido y no se desarrolla; si se demacra y se le hunden los ojos, no pierda tiempo, dele inmediatamente

IPERBIOTINA MALESCI

el gran tónico nervino; el gran purificador de la sangre; la fuerza que estimula el desarrollo de músculos y fibras, acrecentando la vitalidad y distribuyendo salud al organismo.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

ÚNICO CONCESIONARIO-IMPORTADOR PARA SUD Y CENTRO AMÉRICA:

M. C. de MONACO - VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

MÁSCARAS EN NUEVA YORK



NIÑOS DISFRAZADOS DE MENDICANTES EN LA 5.ª AVENIDA.



MAPLE & Cía.

MUEBLES Y DECORACIONES

INTERESANTE EJEMPLAR
DE UN VESTIBULO
DECORADO Y AMUEBLADO
AL ESTILO
"ELIZABETHAN"

POR MAPLE & Cía.
EN BUENOS AIRES

658, SUIPACHA, 658



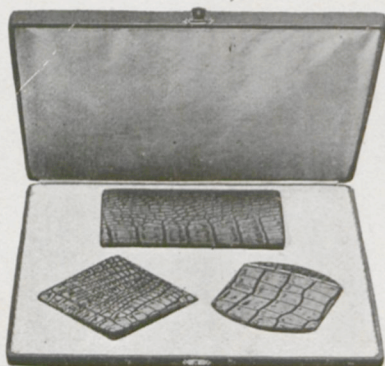
GOOD YEAR CORD TIRES

Un Neumático que da Cuanto de él se Espera

Por lo general la persona que compra un Neumático GOODYEAR, con él tiene una razón determinada para proceder así. Quizás ha notado la popularidad de que gozan los Neumáticos GOODYEAR o quizás los ensayos prácticos le han convencido de lo que estos neumáticos pueden resistir.

De todas maneras compra el Neumático GOODYEAR porque de él puede esperar más que de cualquier otro neumático de diversa marca. Y sus esperanzas se cumplen. La satisfacción más perfecta justifica siempre su decisión.

The GOODYEAR Tire & Rubber Company of South America
Esmeralda, 601, esquina Tucumán, Buenos Aires.



E. BISH

FABRICA DE CARTERAS
Y MARROQUINERIA
FINA



Elegante regalo para caballero. Cartera, billetera y cigarrera, en piel de cocodrilo legítimo y foca, \$ **45.-**

ESMERALDA, 81.
Unión Telefónica, 1470, Avenida.

Plumas Esterbrook

Pida a su librero plumas de esta marca y experimente el placer de escribir con una pluma perfecta.

Seis estilos populares son:

N.º 048, «Falcón».	N.º 313, «Probate».
N.º 314, «Relief».	N.º 501, «Penesco».
N.º 14, «Bank».	N.º 502, «Penesco».

La raza "Rhod Island Red"

Si se desea Aves superiores de una raza especial, que han resistido la prueba en todos los climas, que son los mayores productores de huevos, se encontrarán en nuestro criadero "Excelsior", el más importante de Sud América, 30 años establecido. Se garantiza Aves de raza pura, sanos, de edad de 6 meses hasta 1 ½ año. Los huevos para empollar, son de la raza que se pide y del día, si no es así, devolvemos el dinero.



CATÁLOGO DE 100 RAZAS DISTINTAS,
LIBRES DE ENFERMEDADES DE AVES,
CONTRA RECIBO DE UN PESO.

Criadero "EXCELSIOR"
BELGRANO, 499 - Buenos Aires

Las damas de distinción
prefieren

Agua de Colonia Añeja Yardley

por su genuino y delicioso perfume.
El mejor, sin costar más caro

VENTA EN PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y TIENDAS
Y EN MAR DEL PLATA: LUTZ, FERRANDO Y CIA.,
RAMBLA, 117. CASA TROTTE, RAMBLA, 150.

YARDLEY (Est. 1770) 8, New Bond Street, LONDON

AGENTES EXCLUSIVOS:
PAUL J. CHRISTOPH COMPANY
166, LIBERTAD, 172 - BUENOS AIRES

AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA
AL CALOR Y AL FRIO



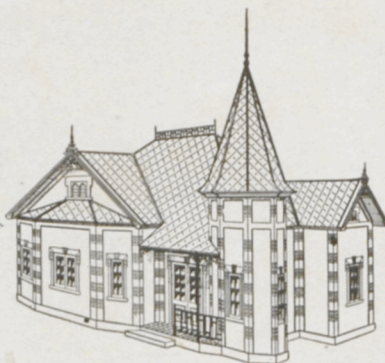
SE VENDE EN LAS
PRINCIPALES CASAS
DEL RAMO.

Por intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es este: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.



Mampostería en cemento armado SISTEMA "CHACON"

LA CONSTRUCCION IDEAL PARA LA CAMPAÑA



Construimos casas, chalets, colegios, etc., con nuestro sistema **CHACON**, en cualquier punto de la República. Tenemos existencia de materiales modernos para construcción de pizarras de asbesto-cemento **ROCALLA** para techos, paños asfaltados, pintura **PRIX** roja para techos de cinc, tranqueras, etc.

PIDAN CATÁLOGOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537 - U. TELEF., 5448, LIB.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.- m/
Semestre (6 ").....	6.- "
Año (12 ").....	11.- "
Número suelto.....	1.- "

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.-
Número suelto.....	0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de «CARAS Y CARETAS», o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Luxor

es la insignia de aristocracia
en Productos de Tocador.

Preservan a la tez de las inclemencias del tiempo, disimulan los defectos del rostro y realzan sus naturales atractivos.

Los Productos LUXOR, para el cuidado de la belleza, y el Jabón Curativo ARMOUR para la higiene del cutis, son artículos de pureza y finura absolutas.

El surtido LUXOR es tan abundante que comprende todo cuanto una dama necesita para su embellecimiento: POLVOS, CREMAS, LOCIONES, EXTRACTOS, JABONES, SALES, DENTÍFRICOS, TALCOS, SHAMPOO, ARTÍCULOS DE MANICURA, ETC., ETC.

*Pidanse en todas las Tiendas,
Farmacias y Perfumerías.*

ARMOUR AND COMPANY

CHICAGO, ILL. - E. U. A.

REPRESENTANTES:

Frigorífico ARMOUR de La Plata
Sociedad anónima

Venta al por mayor y Exposición:
660, Avenida de Mayo, 670 - Bs. Aires







100mm



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.0	5.0
2.2	4.5	4.0
2.5	3.6	3.2
2.8	3.2	